



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.
Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subcripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.
 No se atenderá subcripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.
 Los números sueltos se venden á 75 céntimos.
 Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Campeche*: Visita episcopal.
Egipto: El primer Concilio copto.
Nueva Zelanda: Llamamiento á la caridad.—Historia de la diócesis de Christ-church.
 UN MISIONERO DE FILIPINAS, BENEMÉRITO DE LA RELIGIÓN Y DE LA PATRIA.
 ASESINATO DE EUROPEOS EN LAS ISLAS SALOMÓN.—Escena de CANIBALISMO.
 LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS (*continuación*).
 EN LOS RÍOS DE MONDA.—VIII, Moisés salvado de las aguas.—IX, En los campos.—Sorpresas desagradables.
 DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER.—I, En la región de Tombuctu.—De Kabara á Rhergo.
 BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE.—XVI, Expediciones al desierto.—XVII, Planes de nuevas Reducciones.—XVIII, Descripción de las Reducciones.—Santa Rosa de Calchines.

CRÓNICA.—Roma.—Filipinas.—París.—Turquía.

VARIEDADES.—Paseo de Don Bosco con los presos de Turín.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

REDEMPTRIX CAPTIVORUM.

JEFE DEL PUEBLO DE NOTUM.

EL PEQUEÑO MOISÉS.

SUDÁN FRANCÉS.—Convoy de provisiones.

— Regalos hechos á bordo del "Davoust."

— Salida de Kabara.

ISLAS SALOMÓN.—Emboscada de bushmens.

— Escena de canibalismo.

LA BARCA "ENSEIGNE-AUBE."

GABÓN.—Guerreros del pueblo de Notum.

LEA

O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

No se hizo esperar mucho la hija de Constantino, que fué recibida por sus amigas con cierto respeto mezclado con caricias, en que se confundían la familiaridad de la sangre y de la amistad con los miramientos debidos al rango de la Princesa. Constancia dejó sorprendida á Lea, que no conocía las reinas y las emperatrices sino por la historia y la poesía, y que se las representaba, ora como la graciosa Cleopatra, serpiente del Nilo que había encantado á Antonio; ora como Zenobia, cargada de cadenas de oro, y altiva aún en su humillación; ó bien modelos de infortunio, como la esposa y la hija de Diocleciano, de la cual conocía su destierro, sus desgracias y su trágico fin. Constancia no tenía la belleza de la Reina de Egipto, ni el orgullo de la Reina de Palmira, ni el dolor imponente de Valeria, viuda de uno de los señores del mundo: era una joven delicada, sencilla en el vestir, modesta en su porte, y que parecía pedir se olvidase su nombre y su posición. Había en ella algo que Lea no podía comprender: una desconfianza de sí propia, una reserva púdica, una palabra humilde, un silencio lleno de respeto hacia los demás, una deferencia con todos, un cuidado por las penas ajenas, que en nada se parecía á la ferocidad romana, de que tanto se envanecían los verdaderos hijos de la Loba. A su llegada le ofrecieron frutas y licores enfriados en la nieve: una joven esclava, casi niña, dejó caer una ánfora, demasiado pesada para sus débiles manos; hirióse en el pie, y miró á su señora con terror; pero Constancia con semblante bondadoso dijo al punto:

—Noble Cornelia, hacedme el obsequio de hacer descansar á esta niña, y no la castigéis por amor de mí.

—Seréis obedecida, dijo Cornelia sonriendo. Retírate, Aglae, y no temas.

—¿Os compadecéis de los esclavos? ¡Cuánto más valéis que el viejo Catón! dijo Antonia riendo.

—¡Oh! póngome en su lugar: ¡si debiese yo llevar una ánfora como ésta!...

Estas palabras sorprendieron á Lea; pues nunca había pensado, aunque no era dura ni cruel, que un esclavo pudiese sufrir. La costumbre la había revestido de indiferencia como de una coraza impenetrable.

Pronto transcurrió el día: una abundante y espléndida comida, algunos juegos y amigables conversaciones lo ocuparon todo. Lea reparó que la hija del Emperador nunca hablaba de las grandezas que la rodeaban, pero nombraba con amor á toda su familia, su abuela Elena, su hermano Crispo, y su mismo padre, cuyas bondades con los suyos refería.

—Pues ¿no le teméis, noble Constancia? preguntó Antonia.

—¡Oh! no, pues procura imitar á Dios mostrándose muy grande y muy bueno.

Cuando se disponía á partir, en el momento en que el cuadriga que la había conducido esperaba en la puerta, y mientras los hermosos corceles relinchaban de impaciencia y herían con sus piés la tierra, abrazó á sus amigas y les dijo:

—He gozado en compañía vuestra un día tan feliz, que me hace sentir deseos de visitaros á menudo. ¿Tendríais á bien venir á pasar conmigo en palacio el primer día de la semana? También os convidó á vos, amable Lea; acaso podré ofreceros un espectáculo digno de vuestros ojos. ¿Vendréis?

Aceptó Cornelia en nombre de su hija y de su pupila, y se separaron, pareciéndoles que aquel día había transcurrido con mayor velocidad que los demás.

VIII

LOS CAMPOS VATICANOS

El templo de Jerusalén había visto en otro tiempo al magnánimo Alejandro postrado á los piés del gran sacerdote Jaddo, pero desde aquella época lejana el mundo no había contemplado este sublime espectáculo: abatido el poder de la tierra; la grandeza soberana voluntaria—

CORRESPONDENCIA

CAMPECHE (Méjico)

Visita episcopal

Un católico mejicano escribe el siguiente interesante relato de la última visita realizada por el ilustrísimo señor Obispo de Campeche en parte de su dilatada diócesis,

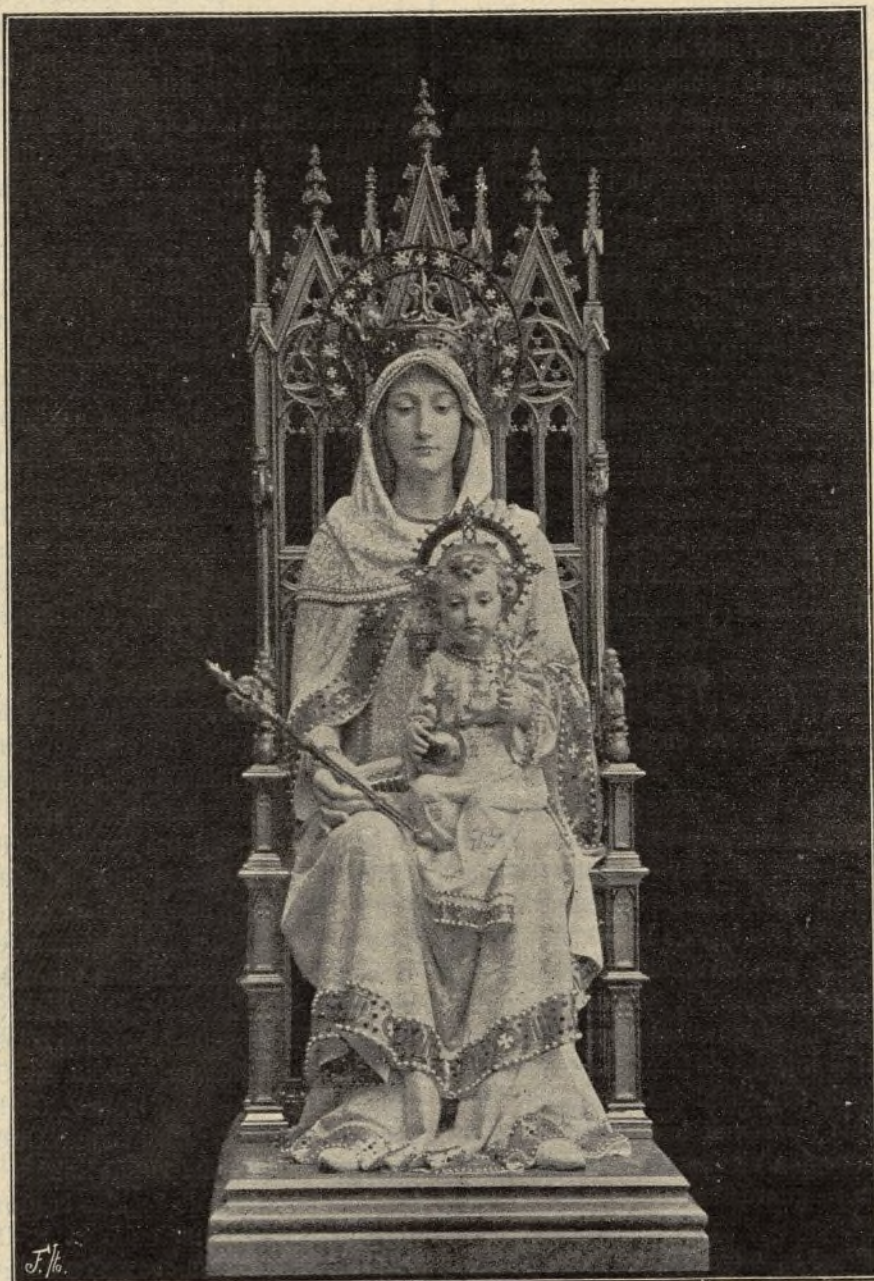
El ilustrísimo señor Obispo de Campeche y los Padres Mejía, Coello y Zapata volvieron ya de su excursión á Icaiché, después de un viaje todavía más abnegado y difícil que el de Xkanhá, del cual hablé á V. en mi carta anterior (1). Voy á procurar hacer á V. una reseña, aunque pálida, de las peripecias de esta Misión, porque bueno es que se sepa cuánto trabajan los sacerdotes católicos en favor de los pobres y principalmente de los indios.

El 18 de Abril último se embarcaron en Progreso el señor Obispo y sus compañeros á bordo del vapor «Ibero», de la Compañía Colonizadora de la Costa Oriental de Yucatán, la cual bondadosa y generosamente quiso transportarlos á Belice, sin duda por la persuasión que tiene esta Compañía del gran beneficio que recibe el país con estas obras de moralización y pacificación que se llaman visitas episcopales. En este caso la importancia de la visita episcopal era más evidente, porque se trataba de impartir la instrucción religiosa á indios habitantes de selvas remotas, cuya cooperación será muy útil cuando se trate de pacificar á los indios orientales, todavía rebeldes á la voz de la civilización. El

(1) Véase *Misiones Católicas*, núm. 132.

«Ibero» es un buque de poco calado hecho á propósito para navegación fluvial; pero como su máquina es buena y sus condiciones marineras mejores, la travesía tenía que ser feliz en época tan bonancible como la presente. Además, el capitán Sr. Foncuberta es persona inteligente y diestra, y llevaba en su compañía un práctico de Belice, Mr. Vivenns, hombre muy conocedor de la costa oriental de la península de Yucatán, y que por esta razón es persona de gran mérito en la navegación costanera, pues es bien sabido que se hace sumamente peligroso navegar en el canal de Yucatán y marlitoral oriental de la península por lo impetuoso y encontrado de las corrientes, lo bajo de los fondos y los escollos á flor de agua que se encuentran á cada paso.

A la mañana del día 19 avistaron los viajeros «el Cuyo de Ancona», establecimiento industrial que toma ese nombre de recuerdos antiguos y modernos. El nombre de Cuyo le viene de la castellanización de la voz maya *ku*, cuyo significado es adoratorio, aludiendo á que cerca de la playa ha existido y existe todavía un cerro artificial de bastanté elevación, que sería un adoratorio de ídolos ó un sepulcro de algún jefe de los indios mayas. El nombre de Ancona le viene de que en tiempos no lejanos, en



REDEMPTRIX CAPTIVORUM

1870 ó 1871, todo aquel terreno era un desierto solitario de donde el hombre civilizado había huido por las desoladoras irrupciones del salvaje; pero llegó á esos lugares un hombre emprendedor, firme y perseverante, llamado D. Ramón Ancona Bolio, y levantó ahí su estancia de trabajo, que luego vino á ser un foco industrial de mucha vida y población, que actualmente explota una Compañía yucateca.

No se detuvo el buque en «Cuyo de Ancona», sino el

15 de Septiembre de 1898

tiempo necesario para el desembarque de un pasajero, y siguió su camino para Holbox, á donde llegaron en la tarde. De allí á isla Mujeres nada extraordinario ofrecía la navegación: los pasajeros se entretenían contemplando las pocas variaciones que puede ofrecer la monótona costa sembrada de escollos, islotes pedregosos, y una contracosta ó escollera que deja entre el mar y el continente un canal de varias leguas de largo, pero apenas navegable por pequeñísimas canoas.

El 20 llegaron á isla Mujeres, pequeña pero fértil y hermosa isla que posee un puerto bueno y de bastante fondo, pero pequeño. Junto á él se encuentra la única población de la isla, en la cual hay un solo templo católico. El señor Obispo bajó á la población, y se propuso administrar los Santos Sacramentos á los que quisiesen y estuviesen bien dispuestos á recibirlos. En efecto, en las pocas horas que pudo permanecer en tierra se bautizaron, confirmaron y confesaron varias personas. El presidente municipal, que es originario de islas Canarias, pretendió prohibir en absoluto que se tocasen las campanas para llamar á los creyentes al templo, porque á su juicio el toque de campanas está prohibido por las leyes de Reforma; pero el Sr. Martínez, persona muy sensata é ilustrada, le hizo comprender que su interpretación era una aberración, y que jamás las leyes han prohibido en absoluto el uso de las campanas para llamar á los actos religiosos, limitándose á reglamentarlo; que el impedir todo uso de las campanas sería ilegal y atentatorio, como que violaría la misma libertad de cultos que garantiza á todas las instituciones religiosas el derecho de llamar á sus creyentes al templo para sus actos religiosos. El presidente municipal persistió en su pretensión; pero el jefe político permitió que las campanas se tocasen en los términos de la ley.

Al día siguiente llegaron los viajeros á Cozumel, isla mucho mayor que la anterior y más poblada. Tiene además de la villa de San Miguel otro pueblo y varios ranchos. El vapor ancló entre ambas costas; la de la isla y la de la tierra firme. No hay en la isla un puerto propiamente dicho; pues aunque á corta distancia de San Miguel se encuentra una caleta, su entrada es imposible á embarcaciones de algún calado, por tener muy poca agua, aunque en el interior de la caleta sea mayor su profundidad. El fondo del canal que separa la isla del continente es limpio y profundo hasta muy cerca de la playa, y cuando no soplan vientos del Norte, las naves pueden estar bien resguardadas á pesar de las corrientes considerables.

La villa de San Miguel es mayor que el único pueblo de isla Mujeres. En Cozumel se conservan mejor que en isla Mujeres las costumbres yucatecas. La forma de las casas y el traje de las mujeres es como el que se usa en Yucatán, y además se habla la lengua maya por gran parte de los habitantes; mientras que en isla Mujeres sólo se habla la lengua española. Se nota una curiosidad en la construcción de las casas de Cozumel, y es que las que al exterior están forradas de hojas de palmera, lo están con tal gracia, que forman con éstas como columnas, ya separadas, ya juntas. La iglesia de Cozumel es más espaciosa y mejor dispuesta que la de isla Mujeres. Está pintada con gusto y decencia, y se

conoce en ella la huella frecuente de la mano del hombre cristiano y civilizado.

Lleva una ventaja la isla de Cozumel á isla Mujeres, y es que mientras en ésta es imposible la vida sin auxilios exteriores, en Cozumel no sólo pueden vivir de los frutos de la tierra, sino aún exportar ganado, frutos y semillas. La creación de un puerto de altura en Cozumel acrecentaría su población, su industria y comercio, y la haría prosperar en sumo grado. El señor Obispo y sus compañeros administraron los Santos Sacramentos con ejemplar caridad y con regocijo general de los habitantes de la villa, y antes de embarcarse dieron un paseo por toda la población, incluso el cementerio. A corta distancia de San Miguel se ven todavía las ruínas de un viejo edificio, que según la tradición conservada en el lugar, fué la primera iglesia fundada por los españoles precisamente en el sitio en que se dijo la primera Misa.

A la media noche el buque se dió á la vela para Belice, á donde llegaron al tercer día en la mañana. El «Ibero» no tuvo dificultad para entrar al puerto; no así los buques de algún calado, los cuales tienen que dar una larga vuelta hasta encontrar el canal de entrada, pues aunque el puerto es amplio y bien abrigado, en muchas partes es de poquísima profundidad.

El Sr. obispo Di Pietro recibió á los viajeros con la caridad de un misionero y la amabilidad de un hermano. No era extraño, porque se trataba de un jesuita, y es sabido que los jesuitas reciben á sus huéspedes con tal bondad, tanto cariño y confianza, que parece á éstos que se hallan en su propia casa.

El lunes 25 de Abril, á las once y media del día, se embarcaron para Corozal en un vaporcito llamado «Don Felipe», y después de pasar por innumerables cayos, entre ellos los llamados San Jorge, Punta Piedra, se detuvieron á las once de la noche, porque la multitud de bajos hace peligrosa la navegación nocturna. El mar es tan bajo en algunos lugares, que no admite embarcación de más de cinco piés de calado. El 26 de Abril, á las nueve y media de la mañana, entraron en la bahía de Chet-Emal, y ese mismo día llegaron á Corozal en compañía del Ilmo. Sr. Di Pietro, obispo de Belice, que bondadosamente acompañó á los viajeros desde Belice. El P. Mejía permaneció en Corozal, y el señor Obispo de Campeche y los PP. Coello y Zapata continuaron ese mismo día el viaje á Orange Walk, á donde llegaron en la tarde. Desde allí se creyó conveniente avisar á los indios de Icaiché la próxima visita episcopal, y al efecto el 28 salió el P. Coello con rumbo á Icaiché, llevando una carta en lengua maya del señor Obispo de Campeche para el general Gabriel Tanay, quien á poco envió una contestación concebida en los siguientes términos:

«Ilustradísimo Sr. obispo D. Francisco Blancarte, obispo de Campeche.—San Antonio.—He tenido especial gusto en recibir su amabilísima carta, y en el corazón tengo su contenido. Tenemos mucho gusto en recibir á V. como representante de nuestro Creador, y todos en general deseamos su presencia con grande anhelo. El Sr. Pbro. D. Julián Coello dirá á su señoría si tiene alguna queja de nosotros, que á nuestro parecer lo hemos atendido lo mejor que hemos podido. Disimu-

lará su señoría estos cortos renglones, y queda éste su hijo en su espera.—General, *Gabriel Tamay*.”

El lunes 2 de Mayo salió el señor Obispo de Orange Walk acompañado de los PP. Coello y Zapata, y llegó á San Antonio, en donde fué acogido cariñosamente por un anciano todo honradez y bondad llamado D. Manuel Castillo, que conserva todavía en su persona, hijos y familia ese rasgo prominente de la raza yucateca: la hospitalidad, la caridad, la fraternidad más sincera. Acogió al señor Obispo y su comitiva de la manera más entusiasta y agradable, y les facilitó toda clase de auxilios para proseguir su camino. Proporcionó gratuitamente caballos y bestias de carga, un guía, y su mismo hijo el Sr. D. Salustiano Castillo quiso acompañar al señor Obispo juntamente con el infatigable Zacarías Sánchez, que quiso en esta vez como en el viaje á Xkanhá, prestar los servicios personales más generosos.

Salieron de San Antonio el miércoles 4 de Mayo, y á poco andar llegaron á la aldehuela de Santa Cruz, situada en la margen derecha del río Hondo. Allí se atravesó en unas piraguas llamadas pipantes, hechas de una sola pieza del tronco de un árbol. Al otro lado del río, en la ribera mejicana, existe un rancho de aquellos que con nombre genérico llaman en Honduras británica «benque,» poblado por negros jamaquinos, indios y criollos. Allí se habla inglés, español y maya. Estos benques no son siempre poblaciones permanentes, pues aunque á veces dan origen á pueblos, otras desaparecen cuando en las cercanías no se encuentra ya madera que cortar ó embarcar, ó se presenta otro lugar más adecuado que sirve de embarcadero de palo de tinte. El embarcadero de palo de tinte y madera es por lo regular el origen de los benques.

Los viajeros siguieron su camino por la orilla del río hasta llegar á Aguablanca, importante ranchería y gran depósito de víveres de la Compañía Stanford, que posee un hermoso vapor que sirve para el transporte de madera, la cual se saca del bosque por un procedimiento que bien pudiera llamarse palo-carril. En efecto, los rieles están formados por troncos larguísimos, rectos y delgados, de palmeras que los criollos llaman botones, y sobre los cuales se deslizan por varias millas la locomotora y los carros que llevan la madera hasta el embarcadero de Aguablanca. No se detuvieron en este sitio, por más que la vegetación exuberante y el aspecto hermosísimo de la ribera les convidase á tomar descanso; pero tenían todavía delante de sí jornadas más ásperas, y era preciso vencerlas cuanto antes. Se internaron en el bosque, y á poco caminar dieron en un montículo artificial, único resto de construcciones indígenas que hay en el camino de la primera jornada. El trayecto era difícil por lo áspero del bosque, en que á cada paso se veían hermosísimos corozos de palmas de seis y ocho metros de largo, gran variedad de palmas y árboles corpulentos de maderas de construcción, cuya riqueza está todavía inexplorada. Así caminaron los viajeros á caballo once horas como catorce ó quince leguas, sin más detención que la necesaria para almorzar á orillas de una aguada.

¡Cuánta abnegación, cuánta caridad atesora el alma de este eminente Obispo católico, de estos respetables sacerdotes que se imponen tantas molestias, que arrostran tantos peligros y sacrificios, únicamente por ir á enseñar la verdad y la moral evangélica á unos pobres indios ocultos en tan lejanas y enmarañadas selvas! ¡Cuánto patriotismo también, porque si van á llevar la instrucción religiosa, van también á pacificar los corazones, y atraerlos y confirmarlos en la obediencia y sujeción al Gobierno nacional! He aquí los que de veras trabajan por la redención y progreso de la raza india.

La noche les cogió en el camino, y apenas tuvieron tiempo de alcanzar unas rústicas chozas de los trabajadores de la Compañía Stanford, en donde fueron acogidos con toda amabilidad por un inglés que dirigía los trabajos. Allí se pasó la noche como fué posible, y á la mañana siguiente emprendieron de nuevo el camino por entre los anchos picados hechos en el monte para sacar la madera, y un laberinto de vías que cruzan en todas direcciones del bosque en que están instalados los trabajos del corte. Mas esto duró poco; en breve entraron en una senda tan estrecha que casi no se distinguía, y había que apelar al guía á fin de que señalase el rumbo. Con frecuencia encontraron restos de antiquísimos edificios y una cisterna casi en el borde del sendero; pero la cisterna estaba seca, y en las altas horas del día empezó á fatigarlos la sed, porque el agua se había agotado. La sed les abrasaba, y tuvieron que beber del agua lodosa y poco agradable que encontraron en una aguada.

Ya cerca de Icaiché, una bajada larga y precipitada los condujo á una extensa sábana, en donde con grande alborozo descubrieron un manantial de agua menos impura. Se detuvieron allí para saciar la sed. A las seis de la tarde divisaron un cercado de palos que les hizo creer en el término del viaje; pero aún tuvieron que ejercitar la paciencia caminando largo tiempo, subiendo por unas colinas hasta que por fin sobre una meseta divisaron el pueblo de Icaiché, ocupando una grande extensión de terreno y con sus casas deseminadas sin orden ni concierto.

Casi al anochecer llegaron al pueblo, que se había preparado de verdadera fiesta á recibir á su Pastor. Las calles estaban barridas, y arcos vistosos de hojas de corozo le daban un aspecto risueño y alegre. En el cabo del pueblo salió el capitán May á dar la bienvenida al señor Obispo, á quien antes conocía desde su visita á Xkanhá. Poco después se presentó el mismo general Tamay en persona con todo su pueblo alborozado, que se esmeraba por hacer al señor Obispo una entusiasta y cariñosa recepción. Hubo cohetes, repiques, disparos de fusil y flores que se arrojaban por toda la calle por donde pasó la comitiva. Así en medio de un gentío que se apretaba por conocer á su venerable Pastor, alcanzaron el alojamiento que se les había preparado y que era una casa de paja construida sobre un montículo artificial, obra de los antiguos pobladores y que está inmediato á la iglesia. Esta es bien pobre, contiene veinte cruces de todas dimensiones, algunas de ellas vestidas de *hipil*, un cuadro de grandes dimensiones de Nuestra Señora, una estatua de Jesús Nazareno, y otras tres pequeñas, dos de Nuestra Señora

ra y una de San Antonio de Padua. Allí está también la imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe, regalo del Presidente al general Pech, antecesor del actual Gobernador de Icaiché.

En la noche se presentó en la habitación del señor Obispo el general Tamay, con su esposa y diez ó doce jóvenes, trayendo cada cual, quien un plato, quien una taza, quien un bracero, quien un jarro; en suma, todos iban con algo en la mano. El General dijo que era su familia, que quería obsequiarle con un chocolate al estilo del país.

Después de tan espontáneo obsequio se retiró el General con su familia, y el señor Obispo iba ya á recogerse, cuando la alarma cundió por todo el pueblo. Grupos de hombres y mujeres iban y venían hablando con cierto misterio; varias mujeres huían de sus moradas llevándose al bosque lo más precioso que tenían. Quien decía que por el rumbo de San Román había aparecido un hombre armado, el cual había dicho que había venido á ver cómo se había recibido al señor Obispo, y que detrás venían otros hombres igualmente armados; quien que era fuerza armada que el señor Obispo había llevado para sojuzgar al pueblo por sorpresa; quien, por último, que eran soldados de los rebeldes de Santa Cruz, que venían á apoderarse del señor Obispo. Este, á pesar de todo, se conservó tranquilo y sereno, y se entregó al sueño; que bien necesitaba su cuerpo de reposo después de las cuarenta y cuatro horas de marcha que había soportado con vigor inquebrantable. El general Tamay, entre tanto, envió patrullas por todos los caminos, acuarteló su gente, teniéndola lista para toda emergencia, y se propuso investigar qué había de cierto en todos estos rumores. Resultaron todos falsos, y aunque no se supo de dónde vino el origen de la alarma, ni con qué fin, se averiguó que el cornetero había propagado la noticia, y á éste mandó el General aplicarle veinticinco palos.

A la mañana siguiente la tranquilidad había renacido, y el señor Obispo y los misioneros se dedicaron con afán á sus tareas. Confirmaciones, bautismos, confesiones, matrimonios, Comuniones, predicación en lengua maya, instrucciones, pláticas, conversaciones. Todo tendía á ilustrar y morigerar á aquellas almas sencillas y bien dispuestas á recibir la enseñanza de la moral evangélica. El mismo general Tamay y el capitán May quisieron recibir el sacramento del Matrimonio. Surgió, sin embargo, una dificultad. Entre los mayas hay grande respeto y veneración á los padrinos, y se dan casos de que los antepongan á sus mismos padres. ¡Cómo había de escoger el General por padrinos de casamiento á sus súbditos! Esta dificultad se la allanó el señor Obispo, disponiendo que el P. Coello y el P. Zapata fuesen los testigos del matrimonio que él mismo celebró, y con esto, tanto el general Tamay, como el capitán May, quedaron no sólo contentos, sino en gran manera satisfechos. Después de la bendición nupcial recibieron la confirmación.

Los indios estaban muy agradecidos, y sobre todo, muy admirados y edificadas de ver que un hombre tan eminente y respetable los tratase con tanta llaneza y cariño, y que tanto se desvelase por su bien espiritual. El General enviaba á los misioneros diariamente los

alimentos preparados, no cansándose de repetir que no podía asistirlos mejor porque no había cosa mejor, ni el lugar se prestaba para una esmerada asistencia; pero que lo poco que podía dar, lo daba de todo corazón. Varios indios se distinguieron por sus demostraciones afectuosas, entre ellos el cabo Silverio Situl, quien dejó su morada para ofrecerla á los misioneros. El General visitaba con frecuencia al señor Obispo y á los Padres misioneros, y el señor Obispo le devolvió sus visitas. Su conversación era siempre muy amable, sirviendo de intérprete el P. Coello, cuya pericia en la lengua maya es excelente. El General es hombre de más de setenta años, de fisonomía apacible y de bondad de corazón, que todos reconocen. Padece dolores reumáticos que la hacen caminar siempre con un bastón, pero esto no obsta para que todavía empuñe los utensilios de labranza y dé á sus subordinados el ejemplo del trabajo. Su esposa es bastante joven, viste el traje de mestiza; pero en vez de rebozo lleva el tápalo de burato con bordados de colores, como se usaba en Yucatán en la primera mitad del siglo corriente. Este mismo indumento usan todas las yucatecas de la colonia británica, que apegadas á esta prenda del vestido anterior á la guerra de 1848, no han querido adoptar hasta hoy el sombrero sencillo inglés.

El día 12 por la noche, después del Rosario, el General invitó á su pueblo á mostrar su gratitud al señor Obispo, reuniéndose al siguiente día muy de mañana á despedirle. Nadie fué remiso en acudir á la cita, y desde las cinco de la mañana la gente en apiñado tropel estaba reunida esperando la salida del señor Obispo y los misioneros. A las siete se emprendió la marcha de vuelta, acompañados los viajeros de toda la multitud, cuyo aspecto era muy distinto de la llegada. En todos se pintaba el pesar, no se oía ni un cohete, ni un tiro, ni una campana; las mujeres no esparcían flores por el suelo, sino que caminaban tristes y silenciosas. La música de violines de la llegada no se escuchaba, y solamente se oía el toque de las cornetas y cajas de guerra que aumentaba la tristeza de la partida. La multitud acompañó á los viajeros hasta las afueras de la población. Llegó el momento de la separación. Los mismos misioneros estaban conmovidos. El señor Obispo alzó la mano y bendijo con efusión á aquellas sencillas gentes, y todos como heridos de un resorte doblaron la rodilla y se santiguaron...

No tuvo el señor Obispo el mismo éxito con los jefes de Santa Cruz, los que se mantienen más tenaces en su rebelión y en su odio á la raza yucateca. Les escribió amorosa carta invitándoles á la reconciliación y á la paz, pero se hicieron sordos á sus caritativas exhortaciones. También el P. Mejía, desde Corozal, aprovechó todas las ocasiones que se presentaron para hablar á los indios que van con frecuencia á Corozal á comprar víveres y á proporcionarse trabajo á jornal. El día 1.º de Mayo fueron presentados al P. Mejía seis indios jóvenes de Noh Cah, Santa Cruz. Se mostraban desconfiados y recelosos, pero al fin les inspiró confianza tratándoles con cariño, obsequiándoles con medallas é invitándoles á asistir á la iglesia á las prácticas piadosas durante los ejercicios de la noche. Fueron puntuales á la cita y estuvieron atentos y piadosos durante los ejer-

cicios. El 2 de Mayo se le presentaron otros cuatro indios, pero aunque les invitó á la distribución de la mañana, ninguno de ellos asistió, tal vez porque se ausentaron. El 4 de Mayo recibió el P. Mejía la visita del comandante de los indios de Santa Cruz, Felipe Aké, quien hace dos años que bajó á establecerse á Corozal, pues peligraba su vida entre los indios por considerarse amigo de la paz. Aké es un hombre como de cuarenta años, de agradable trato y buen sentido. Refirió al P. Mejía la muerte de Francisco Avila, quien fué quemado vivo por los indios de Santa Cruz, por considerarle amigo de la paz y estar trabajando en pro de la sujeción al Gobierno nacional. Él y su consorte Brígida Avila recibieron el bautismo y el matrimonio. Edificó mucho la piedad y fervor con que ambos les recibieron. Antes de la ceremonia hicieron la profesión de fe en lengua maya. Fueron sus padrinos el Sr. D. Olegario Romero y su esposa D.^a Margarita Sansores de Romero.

EGIPTO

El primer Concilio copto

Sabido es que los coptos han sido entre los cristianos del rito oriental los primeros en escuchar la voz del Soberano Pontífice que amoroso les invitaba á entrar en la navecilla apostólica. El Concilio del Cairo, cuyo relato hace un misionero en la correspondencia siguiente, es un paso de avance dado por la ilustre Iglesia, de San Marcos en el camino de la unión, tan deseada por nuestro glorioso Pontífice León XIII.

LA prensa en Marzo del corriente año anunció la solemne apertura del primer Concilio copto en el Cairo.

Los trabajos del Concilio han llegado rápidamente á feliz término. El día 3 de Junio verificóse la solemne sesión de clausura.

A las nueve de la mañana los miembros del Concilio, reunidos en el patriarcado, salieron en hermosa procesión precedidos de la cruz.

Durante la marcha, por la estrecha calle que conduce á la catedral copta católica, entonaron cantos en lengua copta.

Esta iglesia, algo notable, es de estilo griego, y tiene al rededor doble hilera de tribunas destinadas á las mujeres, según costumbre general en Oriente. Capiteles, molduras y cornisas producen hermoso efecto, pero las pinturas son de escaso mérito.

La iglesia estaba completamente llena; á la llegada del cortejo episcopal todas las miradas se fijaron en el grupo que formaban los Prelados. Marchaba delante el Ilmo. Cirilo Macaire, obispo de Cesárea de Filipo, administrador del patriarcado copto de Alejandría, acompañándole otros dos prelados coptos: el Ilmo. Máximo Sedfaoni, obispo de Hermápolis, y el Ilmo. Ignacio Bezzi, obispo de Tebas (Alto Egipto).

Cerraban el grupo el presidente del Concilio, ilustrísimo Gaudencio Bonfigli, arzobispo de Cabasa y delegado apostólico por Egipto y Arabia. A su derecha el Ilmo. Sogaro, arzobispo titular de Ounida, que como teólogo fué enviado especialmente de Roma por el Soberano Pontífice; á su izquierda el Ilmo. Roveggio, obispo de Amastri y vicario apostólico del Africa Central.



JEFE DEL PUEBLO DE NOTUM. (Pág. 423)

Los Prelados coptos iban revestidos con los ornamentos episcopales usados en Oriente: amito, alba, *patra-chile*, cíngulo, estola, *burneus* ó capa, *apostolicon* ó *ornophorion*, larga banda de tela, que es el signo distintivo de los Obispos; cruz manual, cruz pectoral, mitra y báculo, en la parte superior del cual vese un globo dorado al que dos serpientes, abiertas sus bocas y entrelazadas en sentido inverso al rededor del bastón, parece pretenden devorar: la cruz levántase triunfante en la parte superior del globo, indicando la salvadora obra de la redención del mundo.

El Ilmo. Bonfigli sentóse en el trono pontifical colocado al lado del Evangelio. A derecha é izquierda en dos sillones los Ilmos. Sogaro y Roveggio. Frente á éstos, en el lado de la Epístola, el Ilmo. Cirilo Macaire junto con sus dos sufragáneos.

Durante el santo sacrificio de la Misa, celebrada según el rito copto por el R. P. Athanase, vicario general de Tebas, nutrido coro interpretó con singular afinación varios cantos en copto y árabe, algunas de cuyas tonadas estaban basadas en aires franceses.

Terminada la Santa Misa, el Ilmo. Gaudencio Bon-

figli pronunció en latín un notable y poético discurso, que mucho siento no poder reproducir completamente.

Copiaré algunos párrafos:

«Gracias mil debemos dar á la Divina Providencia por haber llevado á feliz término el Concilio de la Iglesia copta católica: grande ha sido el trabajo, inmensos serán los resultados. El Concilio ha tratado de ciertas cuestiones dogmáticas, pero especialmente ha dictado numerosas leyes disciplinarias, las cuales una vez aprobadas por la Santa Sede, serán el código de la Iglesia copta. Esta Iglesia es hoy el grano de mostaza de que nos habla el Evangelio, pero regada por las vivificadoras aguas de la verdadera doctrina, llegará á ser cual árbol gigante que crece en las riberas de caudaloso río.

«La fuente de agua viva que acaba de nacer, canalizada por las santas reglas de la disciplina, y fecundada por la gracia divina, pronto se transformará en caudaloso río que, cual otro Nilo, regenerará y fertilizará todo el Egipto.»

Terminado este discurso el Ilmo. Sr. Cirilo Macaire tomó en francés la palabra, empezando por agradecer al Ilmo. Bonfigli, presidente del Concilio, la benevolencia con la cual había dirigido los debates.

«Nuestro Concilio, añadió el Ilmo. Macaire, ha cumplido su tarea: él ha redactado un completo código alejandrino, renueva la antigua tradición, vigoriza el presente, alumbra el porvenir, y hace renacer en Oriente el amor á la unidad apostólica. Es la voz y la esperanza de León XIII, es la ferviente súplica de su grande y paternal corazón!

«¡Pueblo de San Marcos! regocíjate, pues posees una legislación fija: igual á la que rigió á tus antepasados. Deseoso de cumplir fielmente los deberes de nuestro cargo, Nos hemos resuelto consagrar en este gran día la nación copta al Sagrado Corazón de Jesús. Desprecia la apostasía casi universal de los pueblos, acordaos de que el primer Rey es Nuestro Señor Jesucristo. Acordaos que vuestros hermanos fueron felices en tanto conserváronse fieles al Vicario de Dios, que tierno infante vino en nuestro Egipto. La maldición cayó sobre este pueblo por haberse negado á obedecer. Mas hoy complácese Dios en reorganizarnos, restableciendo el patriarcado de Alejandría.

«Reconozcamos con un acto solemne el reinado de Nuestro Señor Jesucristo, y consagrémonos al Sagrado Corazón de Jesús, para que El se digne reinar sobre nosotros todos!

«¡Que reine en las familias, pues El ha restablecido la primitiva indisolubilidad del matrimonio y rehabilitado la mujer cristiana! ¡Que reine en toda la nación! ¡Pues este reinado de amor es origen de todas las bendiciones espirituales y temporales!»

Después de este hermoso discurso, que causó viva impresión en el auditorio, el Ilmo. Macaire consagró la nación copta al Sagrado Corazón de Jesús.

Finalmente, para dar digno remate á tan solemne fiesta, el Ilmo. Sr. Bonfigli dió la bendición papal.

Durante el canto en árabe de las Letanías de acción de gracias, reorganizóse el cortejo dirigiéndose procesionalmente al patriarcado.

Los curiosos quedaban admirados de haber asistido á tan imponente ceremonia, nueva para ellos; los verdaderos cristianos están convencidos de que acaban de sucederse actos de trascendental importancia para la Iglesia y nación copta.

¡Multipliquemos las oraciones para la resurrección completa de la Iglesia de San Marcos, resurrección de la cual empezamos á contemplar la aurora!

NUEVA ZELANDA (Oceanía)

Llamamiento á la caridad.—Historia de la diócesis de Christchurch.

Largo tiempo ha transcurrido sin que llenara nuestras columnas ninguna correspondencia de Nueva Zelanda; apresurámonos, pues, á publicar la siguiente, remitida por el Ilmo. Sr. Grimes, marista, obispo de la inmensa diócesis de Christchurch, situada en la isla Sud del Archipiélago.

UN siglo hace aproximadamente que era Nueva Zelanda un país salvaje, pero hermoso y encantador, con toda la sublime grandeza que encierra la espléndida vegetación que cubre su fecundo suelo: largas cordilleras cuyas cimas corona eterna nieve; colinas vestidas de helechos; vírgenes florestas donde el hombre nunca osara penetrar, y en las cuales elevábanse orgullosos pretendiendo desafiar las nubes, en cuya región hundían sus verdes copas, los reyes de la selva, los árboles gigantes; amenos valles morada de regaladas brisas y regeneradores rayos de sol; ríos de umbrías riberas, lagos soberbios, vegetación lujuriosa, todo cuanto guarda la naturaleza de más hermoso, más poético, más grande derramólo con mano pródiga en estas islas, anhelando formar en ellas el más hermoso país de la tierra, el país cuyos encantadores paisajes sólo pueden ser comparados á los mejores que guardan los inaccesibles montes de Suiza.

Sin embargo, Nueva Zelanda era en aquel entonces tierra salvaje, y sus habitantes, conocidos con el nombre de *maoris*, estaban divididos en feroces tribus, ocupadas sin cesar en hacerse destructora guerra, entregados á todos los vicios y dados al canibalismo. Pero nada importa tanta degradación ni salvajismo; estos desgraciados tienen alma inmortal que salvar, y al impulso de este pensamiento salen de la Francia hombres bajo cuyos pechos latían corazones de apóstol, y que abandonan hogar y patria para ir á socorrer á este desgraciado pueblo, derramando sobre él la civilizadora lumbre del Catolicismo.

Los primeros misioneros católicos que desembarcaron en Nueva Zelanda fueron sacerdotes maristas. Contábase entre ellos el bienaventurado Pedro Luís María Chanel, asesinado por los insulares de Futuna tres años después de su llegada á la Oceanía: este fué el primer mártir y es el glorioso patrón de las Misiones de Oceanía. Otro Religioso marista próximo á ser nombrado obispo, fué martirizado al fijar sus plantas en una isla que tenía la misión de evangelizar. En otra isla tres Padres y dos Hermanos maristas fueron muertos y comidos por los salvajes.

Un año emplearon los primeros misioneros en la travesía de Francia á Nueva Zelanda (actualmente son menester seis ó siete semanas). En cuanto desembarcaron empezaron acto seguido sus apostólicas tareas; inmensos fueron los resultados obtenidos, pero mucho es lo que resta hacer.

Seis años hace Nueva Zelanda contaba una iglesia católica y ningún sacerdote con residencia fija. Gracias á la abnegación é infatigable energía de los Maristas, de algunos Benedictinos y de los sacerdotes seculares que al poco tiempo vinieron á prestarnos su generoso concurso, Nueva Zelanda tiene actualmente un arzobispado y tres obispados sufragáneos, más de cien sacerdotes, quinientos Religiosos, sesenta Hermanos dedicados á la enseñanza y una población católica de cien mil almas.

Preciso es visitar estas regiones para comprender las dificultades y pruebas que deben vencer los misioneros católicos en sus extensas parroquias: las hay cuya extensión es mayor que la de las más vastas diócesis francesas. Darán idea de ello uno ó dos ejemplos tomados de la diócesis de Christchurch: uno de mis sacerdotes debe todos los domingos y días festivos recorrer en carruaje ó á caballo 27 kilómetros, en ayunas, entre las dos Misas que debe celebrar. Para visitar los límites de su parroquia debe andar seis días á caballo, cruzando torrentes y ríos, trepando por escabrosas y roqueñas colinas, tan pronto costeano las playas batidas por las olas del Océano Pacífico, como abriéndose paso á través de no cruzada selva virgen. Pocos meses hace que otro misionero viajó por mar 650 kilómetros para poder administrar los últimos Sacramentos á un pobre hombre que había pasado más de cuarenta años sin ver un sacerdote católico. Acabo de recibir carta de un sacerdote francés en la cual me da cuenta de que un sábado, hace algunas semanas, fué llamado para visitar un enfermo habitante en el extremo de su parroquia. Marcha al instante, y como debía estar de regreso el día siguiente para celebrar la misa parroquial, tuvo que recorrer 150 kilómetros en 24 horas.

Los protestantes encuéntrase también en estas tierras.

Medio siglo hace que algunos gentiles hombres ingleses obtuvieron del Gobierno autorización para embarcar con rumbo á Nueva Zelanda, y una vez aquí fundar una colonia, ó como si dijéramos un establecimiento modelo bajo la exclusiva protección de la Iglesia anglicana. Escogieron una superficie de 35,000 kilómetros cuadrados, y la designaron con el nombre de provincia de Cantorbery. La ciudad principal recibió el nombre de *Christchurch* (iglesia de Cristo). Hermosa es esta ciudad que se extiende á ambos lados del Avon, río de pintorescas orillas: los nombres de sus calles recuerdan los de los obispos anglicanos de las islas Británicas.

Mediante el pago de muy reducida cantidad los miembros de la Asociación de la Iglesia de Inglaterra compraron muchos millares de hectáreas, que consideraron como bienes de la Iglesia. Gracias á estas combinaciones la Iglesia anglicana de la provincia de Can-

torbery, en Nueva Zelanda, tiene actualmente un obispo ricamente dotado, ministros espléndidamente remunerados, un floreciente colegio, una Universidad y magnífica catedral gótica. Andando el tiempo otras sectas han venido á sentar plaza en Chistchurch y en otros lugares de la provincia de Cantorbery. Actualmente la colonia inglesa puede enorgullecerse, pues posee una tan varia y numerosa colección de sectas protestantes como su madre patria.

Dejemos á los protestantes: volvamos á los católicos. Diez años han transcurrido desde que el Soberano Pontífice erigió la diócesis de Cantorbery, nombrándome á mí su primer obispo. Comprende esta diócesis la provincia de Cantorbery, la de Costa Oeste, tan extensa como la anterior, parte de la provincia de Nelson, y las islas Chatam, situadas en pleno Océano Pacífico, distantes 640 kilómetros de Nueva Zelanda.

Mi toma de posesión en nada parecióse á la de los obispos anglicanos. Carecía por completo de recursos, y al llegar á mi lejana diócesis encontré crecido número de propiedades diocesanas gravadas por hipotecas, á más de varias otras deudas contraídas para la fundación de iglesias, escuelas y conventos. Después de mucho economizar y gracias á la prudente administración de mis colaboradores, hemos logrado deshacernos de parte de esta aplastante carga. Complázcome en rendir público testimonio de agradecimiento á los católicos de Nueva Zelanda, pobres pero generosos, y que nunca han rehusado prestar su benévolo apoyo á cuantas obras hemos emprendido. La mayoría son irlandeses ó hijos de emigrados católicos de Irlanda. A pesar de su pobreza no recuerdo uno solo que haya negado su óbolo para contribuir á una buena obra.

Convencido de la capital importancia de la educación católica, he logrado establecer escuelas en cada parroquia, excepto tres. A los grandes sacrificios pecuniarios que para sostenerlas se imponen los fieles de mi diócesis, hay que añadir el crecido impuesto que cobra el Gobierno para el sostenimiento de las suyas, las cuales generalmente son hermosos palacios cuyo valor suma algunos millones.

La construcción de nuevas iglesias y la conservación de las antiguas son otras pesadas cargas para mi pobre diócesis. En los primeros tiempos de la Misión edificóse la actual catedral, hecha de madera: durante cincuenta años se ha conservado bien, pero actualmente amenaza próxima ruina. Aun cuando tengamos emprendidas varias obras de urgente necesidad en una nueva diócesis erigida entre los antípodas de Francia; aun cuando carezcamos de legados á favor de nuestros Seminarios y colegios eclesiásticos, y de recursos con los cuales poder contar, la necesidad más perentoria, la que impresionará más vivamente nuestros corazones es erigir habitación más digna del Huésped Divino, que vive entre nosotros en el adorable Sacramento del Altar. Cuantas personas sientan palpar en su corazón el celo para la casa del Señor participarán de mis sentimientos.

Abrigo la firme confianza de que la construcción de

hermosa catedral comunicará nuevo impulso al Catolicismo en la diócesis de Christchurch. Numerosos protestantes complácense en asistir á nuestras funciones religiosas, oír la palabra de Dios y la explicación del único verdadero Evangelio. Mayor sería el número de los asistentes si contásemos con más espacioso templo y mayor facilidad para celebrar los Oficios de nuestra santa liturgia.

Antes de terminar complázcome en manifestar mi sincero agradecimiento á cuantos han generosamente cooperado á nuestras obras y espero que otros muchos se complacerán tomando parte en ellas.

UN MISIONERO DE FILIPINAS

BENEMÉRITO DE LA RELIGIÓN Y DE LA PATRIA

Apuntes biográficos del M. Rdo. P. Fr. Mariano Gil, agustino, autor del descubrimiento de la rebelión tagala de 1896.

No temamos de Dios por la gloria,
Y su nombre extender soberano,
El furor arrostrar de un tirano,
Y la arena de sangre teñir.
No temamos al ver ultrajada
La bandera de nuestros mayores,
Cual hermanos de Ibáñez y Flores
Por la patria lidiar y morir,

(Estrofa del Himno de los misioneros Agustinos de 1881).

ESTAS ú otras semejantes son las palabras con que comienzan generalmente los himnos entonados por nuestros misioneros, al abandonar el inolvidable colegio en donde nacieron á la vida religiosa, donde gustaron las dulzuras del trato íntimo con Dios, y en el que alimentaron su espíritu con el sabroso jugo de las ciencias, y partir para las remotas playas de Filipinas con el objeto de continuar y llevar á feliz término la obra magna comenzada por los insignes PP. Urdaneta y Rada. Religión y patria, la gloria de Dios y la gloria de España; he aquí el ideal sublime, el móvil poderoso que impulsa á nuestros Religiosos á olvidar cuanto de más grato y atractivo existe para el corazón humano, y dirigirse á las apartadas regiones de Oriente á trabajar en pro de la conservación y aumento de aquellas cristiandades, y de aquel pedazo de tierra española.

Y que las palabras arriba transcritas no son solamente la expresión de un entusiasmo momentáneo y transitorio, que esos ideales no son puro platonismo sin aplicaciones prácticas, sino ideales que arraigan profundamente en lo más hondo del corazón del misionero para manifestarse después en obras heroicas y resultados beneficentísimos para la Iglesia y para la sociedad, nos lo dice claramente la historia. La enorme cifra de ocho millones de individuos conquistados para Dios y para España, y la conservación pacífica de aquellos extensos territorios por espacio de tres siglos, sin casi otra fuerza que la palabra y prestigio del misionero, hablan más alto en favor de los Religiosos que cuantos hechos particulares pudiéramos aducir; y los testimonios unánimes de todos los más distinguidos perso-

najes que han visitado detenidamente el archipiélago Magallánico, y que han visto siempre en el Religioso á la vez que el celoso ministro de la Religión, el apoyo más firme que la patria tiene en aquellas regiones, demuestran nuestro aserto con una claridad más grande que la que proyecta el sol de medio día.

Bien reciente tenemos una prueba elocuentísima del interés con que los Religiosos atienden, á la vez que al mayor aumento de la fe, á la conservación de aquellas islas para la corona de Castilla. Pocos serán en esta fecha los amantes de las glorias patrias que no conozcan el nombre del M. Rdo. P. Fr. Mariano Gil. Desde el momento en que en la Península se tuvo noticia del proyecto bárbaro de los enemigos de España en las islas Filipinas, quienes, con una ferocidad y salvajismo sin ejemplo en la historia, pretendían en 1896 dar cruel muerte en un solo día á todos los españoles residentes en aquel Archipiélago, pagando con este acto de ingratitud incalificable los beneficios inmensos que durante un período continuado de trescientos años habían recibido de España, y se supo igualmente que dicho proyecto había fracasado, gracias á la denuncia hecha oportunamente por el celoso curapárroco de Tondo, la prensa diaria de todos los colores se apresuró á ensalzar cual se merecía el acto trascendental de patriotismo del insigne agustino, que evitó un día de terrible luto y desolación á nuestra patria, y un espectáculo de horror al mundo entero; las publicaciones ilustradas añadieron á la noticia el retrato del ilustre patriota, y no pocas consignaron también en sus columnas datos biográficos que acerca del P. Gil pudieron adquirir en el momento.

No pretendemos nosotros ofrecer una biografía completa y detallada del hoy ilustre Religioso; solamente nos proponemos ampliar algún tanto los datos conocidos por el público, en testimonio de gratitud y reconocimiento al humilde hijo de San Agustín, que tan importante servicio prestó hace dos años á la causa de España en el archipiélago Magallánico.

I

Nació el P. Mariano Gil en Carrión de los Condes, provincia de Palencia, el día 2 de Julio de 1847. Pasó los primeros años de su vida entre las caricias de sus padres y la práctica de las virtudes cristianas que los mismos le inculcaran; y favorecido por Dios en su juventud con la vocación al estado religioso, pidió el hábito agustiniano á los Superiores de nuestro colegio de Valladolid, gracia que obtuvo sin dificultad, trayendo ya en su ingreso en la Corporación, cursado, como es costumbre, la gramática latina. Pasado el año de probación, durante el cual se ejercitó constantemente en las prácticas propias del claustro, y habiendo dado claras pruebas de su vocación al estado religioso, hizo su profesión de votos simples en 26 de Octubre de 1868. Cursó luego en el mismo colegio, un año de filosofía, distinguiéndose entre sus condiscípulos por su aplicación y claro entendimiento, y en 1869 pasó al colegio de la Vid, en el cual continuó su carrera literaria y pronunció los votos solemnes.

En 1873 se embarcó para las islas Filipinas en com-



EL PEQUEÑO MOISÉS. (Pág. 422)

pañía de veintitrés hermanos de hábito; y habiendo terminado en Manila la carrera eclesiástica y recibido las sagradas órdenes, fué destinado al pueblo de Balucag para que, bajo la dirección del M. Rdo. P. Tomás Gresa, aprendiese el idioma tagalo, y se ensayase al mismo tiempo en las prácticas del ministerio parroquial. Impuesto ya en el mencionado dialecto, y preparado convenientemente para el ejercicio de la cura de

almas, fué nombrado cura interino de Norzegaray. Idéntico cargo ejerció después en Bigaa, Hagonoy y otros pueblos; distinguiéndose siempre por su exactitud en el cumplimiento de los deberes parroquiales, y siendo en todas partes muy apreciado por sus feligreses, quienes veían en el P. Gil á su más celoso protector en todo lo concerniente á su bienestar espiritual y temporal.

Atendiendo á tan importantes prendas y al talento que siempre manifestó, fué premiado por la Provincia en 1889 con el voto en Capítulo Provincial, y propuesto para desempeñar en propiedad una parroquia de las más importantes de todo el Archipiélago, como es la de Tondo.

En este pueblo venía trabajando como siempre por el mayer bienestar de sus feligreses, procurando mantenerlos con su predicación y consejos particulares, separados de las reuniones peligrosas, y principalmente de la Asociación masónica, que desde algún tiempo atrás se extendía de una manera muy rápida por todos aquellos pueblos, en perjuicio grande de la Religión, y peligro no menor para la tranquilidad pública. No se limitaba á solo esto el celo del P. Gil, sino que extendiéndose también á procurar en su parroquia todas las mejoras posibles, colocó en la torre de la iglesia que tenía á su cuidado, nuevas y hermosas campanas, y en el coro del templo un órgano de voces tan potentes y armoniosas que puede competir con los mejores que tienen las catedrales de Europa.

En estas ocupaciones empleaba el tiempo el P. Mariano Gil, sin perder nunca de vista á la secta masó-



SUDÁN FRANCÉS —Convoy de provisiones. (Pág. 424)

nica para ver si podía aplastarla, é impedir los males que estaba causando y los que había de causar en lo futuro. Sabíase que á la sombra de tan abominable institución se fraguaban planes horrendos contra España y contra los españoles residentes en aquel Archipiélago. Varios avisos había ya recibido el Gobernador de aquellas islas de parte de personas calificadas y de prestigio. El P. Agustín Fernández, prior del convento de Agustinos de Guadalupe, con fecha 20 de Julio había puesto en conocimiento del señor Arzobispo, con el objeto de que éste lo comunicase al general Blanco, la conspiración que se tramaba; más tarde había manifestado lo mismo, pero con más detalles y particularidades, el P. Mamerto Lizasoain, recoleto, párroco de Santa Cruz; pero «todo era inútil; la indiferencia y el vacío (copiamos al Sr. Castillo) (1) envolvían á tantos y tan previsores avisos; sin duda se desconfiaba de los consejos desinteresados y nobles, y se prestaba confianza ciega á los torpes conciliábulos de la gente traidora que audazmente había logrado penetrar en el *sanctorum* del gobierno superior, y torcía y quebrantaba las propias voluntades del que tenía sobre su conciencia la responsabilidad de sus actos.

«Y vinieron sucediéndose los días unos tras otros con la pesantez abrumadora de la tormenta que se avecina, trayendo oleadas de aire corrompido, y ecos siniestros de una conspiración infame, que, como vapor concentrado, aguardaba la apertura de una pequeña válvula para lanzarse, con toda su furia y con todo su estruendo, sobre las poblaciones, sembrando la muerte en todos los españoles que allí habitaban.

«Tamaño crimen no podía llevarse á efecto, porque éste era obra de Satán, y el Dios de las justicias no había de permitir que se realizara.

«La Providencia, que vela por la augusta patria española y por sus amantes hijos, hizo que el velo del misterio se descorriera, y que apareciese la verdad con todas sus pruebas y con toda su descarnada certeza, para castigar cruelmente la indiferencia de los que hubieran podido en su día atajar en su corriente á la revolución de carácter separatista que se desbordaba á torrentes; y para que tuviera mayor realce el hecho importante de su descubrimiento, destinó á uno de sus ministros para que fuese el que descorriera el velo y el que diese sobre seguro la voz de ¡alerta! despertando las dormidas actividades y las confianzas ciegas de los que se habían entregado por completo á una indiferencia glacial é increíble.

«El ministro de Dios designado para esta gran empresa fué el ilustre agustino P. Fr. Mariano Gil, párroco de Tondo, y el hecho se desarrolló de la siguiente manera, según versión que tengo por cierta y que paso á relatar en párrafo aparte (2).

(1) José M. del Castillo y Jiménez: *El Katipunán, ó El Filibusterismo en Filipinas*.—Madrid, 1897, pág. 80 y sigs.

(2) *La Política de España en Filipinas*, en el número correspondiente al 31 de Diciembre del 96, publicó una carta del P. Gil, en la que refería éste el modo como llevó á cabo el descubrimiento de la rebelión. El contenido de dicha carta coincide con el relato que aquí copiamos.

II

«Un indio apellidado Patiño, que ejercía el oficio de cajista en el *Diario de Manila*, agraviado profundamente por una paliza que sus compañeros le habían propinado por diferencias surgidas con motivo de una cuota que debía abonar como socio del *Katipunán*, y que él se negaba á satisfacer, hubo de quejarse de este doloroso hecho á una hermana que el mismo Patiño tenía en el Colegio de Mandaloya, y al referirle el atentado de que fué objeto por sus malvados compañeros, refirióle también el motivo que lo había ocasionado, y le explicó sucintamente la trama revolucionaria que se fraguaba. La hermana de Patiño, toda acongojada y llena de alarma, acudió á la Superiora del Colegio, y le refirió en secreto cuanto su hermano le había contado, y ambas mujeres, más que asustadas, aterradas, hicieron partícipe de este secreto al Rdo. P. Fr. Mariano Gil, quien les aconsejó que le enviaran al cajista Patiño para que contestara á algunas preguntas que debía hacerle, asegurándoles que no tuvieran nada que temer por el muchacho ni por ellas.

«Y así fué; Patiño se presentó en la casa convento de Tondo, y ante la presencia del P. Mariano.

«La labor que se le ofrecía al virtuoso agustino era difícil, porque debía ante todo vencer la desconfianza de Patiño, que conociendo la enormidad de la trama revolucionaria, trataría de ocultar la verdad desnuda, con evasivas y con manifestaciones de ignorancia.

«Hay que conocer y tratar íntimamente al indio para formarse cabal idea de lo que representa la resistencia pasiva que ofrece en todos los actos de la vida que no le acomoda ejecutar; pero también hay que conocer la fuerza de voluntad que tiene el P. Mariano y el especial conocimiento que posee el indio.

«La *bichara* (conversación larga) duró bastante tiempo: hubo momentos en que la resistencia pasiva de Patiño se ostentaba en toda su desesperante magnitud, siguiéndole la cachazuda conducta del P. Mariano, que le sermoneaba apaciblemente y le halagaba con generosos ofrecimientos: en otros, Patiño, se presentaba más expansivo, y al punto que se dejaba correr en sus manifestaciones, el P. Mariano tomaba nota de ellas y proseguía su interesante y patriótica labor, luchando con los decaimientos y fortalezas del cajista, afirmando éstas y estableciendo aquéllas á su normalidad; y de esta suerte el P. Mariano, el día 20 de Agosto llegó á saber dónde se ocultaban los documentos que, como prueba fehaciente, delataban á la revolución y á sus autores.

«Con el precioso secreto que á borbotones se le quería escapar por los labios; con el santo anhelo de recoger los interesantes papeles que eran el primer rayo de clara luz que disiparía las nubes que nos envolvían; con el fervor sagrado que va á sorprender á los traidores en el fondo del antro donde se cobijan, el Padre Mariano, sin orgullos que ostentar, envuelto en el humilde hábito de los hijos de San Agustín, se lanza á la calle acompañado del cajista Patiño, su confidente, y sin pedir auxilio á nadie, porque la justicia se abre paso por todas partes, busca al dueño de la imprenta

del *Diario de Manila*, y con éste y Patiño penetra en el departamento de las cajas á las siete de la noche, cuando aún se hallaban todos los cajistas, todos los criminales, cuya furia y odio desafió el P. Mariano, mirándolos de hito en hito con la pupila airada y el gesto que declaraba un reto solemne; y allí Patiño señalando donde se encontraban los papeles, y el Padre Mariano recogiendo los con avaricia, rescata solemnemente las pruebas irrecusables que fueron motivo del proceso que al punto se incoó por un juzgado especial nombrado al efecto, y que recayó en el de Tondo, que desempeñaba celosamente D. Alberto Concellón.

«Cuando los papeles estuvieron recogidos, y entre ellos alguna indecente prueba litográfica y algunos puñales, todos los que se conservaban en armarios de madera que hubo que descerrajar, el P. Mariano llamó á los agentes de la Autoridad con la alegría del que ha cumplido con un sagrado deber, depositólos en sus manos, les dió minuciosa cuenta del hecho, y cómo éste se desarrolló y volvió á su convento tranquilo, sin vanidad alguna por el relevante servicio que á la patria había prestado.»

(Se concluirá).

ASESINATO DE EUROPEOS EN LAS ISLAS SOLOMÓN

ESCENA DE CANIBALISMO

Hace algún tiempo que la prensa diaria dió la noticia de que varios oficiales y marineros del *Albatros* habían sido asesinados.

Publicamos á continuación la relación de este suceso, acompañada de nuevos y curiosos detalles debidos á la amabilidad del Ilmo. Vidal. Han sido enviados á un corresponsal de Fidji por un europeo residente en las islas Salomón.

UN buque de guerra austriaco, el *Albatros*, dirigióse de Sydney á las islas Salomón en cumplimiento de una misión científica y comercial que le había sido encomendada. Después de hacer escala en varias islas llegó á la costa Norte de Guadalcanar, echando anclas en un sitio llamado Titiri.

Parte de la tripulación desembarcada acampó en la costa, y los restantes emprendieron la marcha dirigiéndose al interior para explorar la montaña conocida con el nombre de Cabeza de León. El barón Foullón de Norbech, su lugarteniente Budich y siete marineros formaban el grupo expedicionario. Tres *bushmens* (habitantes de los valles) hacían de exploradores. Otros varios salvajes fueron agregándose á los expedicionarios, pero su aspecto pacífico fué causa de que no se tomaran precauciones contra ellos.

El Barón y sus ayudantes marchaban en primera fila, cuando próximos á la cima, los disparos de fusil salidos del campamento que acababan de abandonar llamaron vivamente su atención. Volvieron precipitadamente la cabeza, y sorprendidos vieron que grupos de indígenas corrían amenazadores armados de hachas y mazas. El Barón, completamente desarmado, no pudo parar un golpe de rompecabezas que lo hizo caer por tierra, al mismo tiempo que el certero disparo de un marino dejaba sin vida al agresor. Los dos ordenanzas del Barón defendíanse heroicamente, uno armado de una espada de gran tamaño, que tomó para abrirse camino por entre los espesos matorrales, y otro con el hacha que

con singular destreza arrancó de las manos de un salvaje que pretendía darle muerte. El lugarteniente Budik tenía afortunadamente en sus manos el revólver, y con mortal disparo contestó al ataque de un *bushman* que acababa de llegar. En tanto esto sucedía, prepararon los marineros sus fusiles y hacían frente al ataque de los salvajes con mortífero fuego en toda línea, que obligó á los enemigos á emprender precipitada fuga, desapareciendo entre los poblados bosques. El Barón, que estaba gravemente herido, pudo, marchando muy despacio, regresar al campamento. Agotáronse todos los medios para lograr su curación, pero fué agravándose y al cabo de media hora falleció.

El campamento durante su ausencia había sufrido furioso asalto. El guardia marina Beaufort, atacado de improviso, fué muerto antes de poder hacer uso del revólver. Los salvajes tuvieron que retirarse ante la enérgica defensa de los marinos atrincherados, mas no sin haber antes muerto á cuatro y herido á seis: cuéntanse entre los muertos á M. de Beaufort.

Acto seguido procuróse trasladar los heridos á bordo del *Albatros*, siendo preciso aguardar la mañana siguiente para realizar tan difícil operación. Al amanecer emprendieron el camino, y hasta las doce no llegaron al buque, dificultando más y más la marcha el tener que llevar en camilla á uno de los heridos.

Los oficiales resolvieron que treinta y cinco hombres volvieran al campamento aquel mismo día para recoger los cadáveres y darles honrosa sepultura. Sumamente difícil era hallar indígenas de buena voluntad que quisiesen guiar al pequeño destacamento por aquellos desconocidos matorrales, y en buscarlos empleóse un tiempo precioso, llegando la noche sin haber podido emprender la marcha.

Cuando en el horizonte aparecieron los primeros reflejos precursores del día, la expedición internóse en las florestas. Poco tiempo fué necesario para convencernos de que los guías, gente toda del litoral, desconocían completamente el camino que debían seguir. Todos acabaron por confesar que nunca habían penetrado tan al interior de los dominios de los *bushmens*. Empezó á caer persistente lluvia, y mojado el suelo volvióse tan resbaladizo, que los soldados, cargados con sus fusiles y municiones, sólo á costa de sobrehumanos esfuerzos lograban avanzar. El lugarteniente Bullai comprendió los malos resultados que podrían sobrevenir si continuaba la expedición en tan desventajosas condiciones. Además los *bushmens* de las islas Salomón son caníbales, y era muy probable que los cuerpos de las desgraciadas víctimas serían despedazados y devorados antes que la expedición llegara al lugar que fué teatro de tan tristes acontecimientos. Ante tan insuperables dificultades emprendió el regreso á la costa.

Tan pronto como el estado de los enfermos permitió hacerse á la mar, el capitán del *Albatros* izó las velas dirigiéndose á Cooktown.

Escenas como la que acabamos de relatar sucédense con harta frecuencia en las islas Salomón, por lo cual urge se estudie la manera de evitar tales repeticiones. Precisa castigar pronto y enérgicamente á los asesinos del barón Foullón y de sus desgraciados compañeros.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

(Continuación)

Palabras de la instrucción á Legazpi: de la ley de Partidas: de Felipe II

A sí se mandó multitud de veces á las Autoridades de estas islas, y en armonía con esa legislación, en las instrucciones al gran Legazpi se dice expresamente:

«Ternéis especial cuidado, que en todos los negocios que tratáredes con los naturales de aquellas partes se hallen con vos presentes algunos de los Religiosos, así para que os aprovechéis de su buen consejo, como

Ese es el espíritu genuinamente español, gloria de la humana estirpe, y especialmente de la cristiandad, que hizo escribir á nuestros legisladores en las Partidas (*Part. I, tit. VI, ley 62, y tit. XI*): «Honrar é «guardar deben mucho los legos á los clérigos, cada uno «según su orden é de la dignidad que tiene; lo uno porque «que son medianeros entre Dios é ellos: lo otro porque «honrándolos, honran á la Santa Iglesia, cuyos servidores son, é honran la fe de Nuestro Señor Jesucristo, «que es cabeza de ellos, porque son llamados cristianos; é esta honra é esta guarda debe ser fecha en tres «maneras, en dicho, en fecho, é en consejo. Privilegios «é grandes franquezas han las Iglesias de los emperadores é de los reyes, é de los otros señores de las tierras; é esto fué muy con razón, porque las cosas de



ISLAS SOLOMÓN (*Oceania*).—Emboscada de bushmens. (Pág. 419)

«para que los naturales conozcan y entiendan el mucho «caso que hacéis de ellos, porque viendo esto y la mucha reverencia que los soldados les tienen, vernán «ellos también á tenerles respeto, que importará mucho para que, cuando los Religiosos les den á entender las cosas de nuestra santa fe católica, les den todo «crédito, pues sabéis que lo más principal que Su Majestad pretende es la salvación de las ánimas de aquellos infieles; para el cual efecto, en cualquier parte, «ternéis particular cuidado de ayudar á los dichos Religiosos... para que aprendida la lengua trabajen de «traherlos al conocimiento de nuestra santa fe católica, «y los conviertan á ella y los traigan á la obediencia y «amistad de Su Majestad. (*Colec. de Doc. Ined. de Ultramar, tom. num. 2, pág. 188*).»

«Dios hobiesen mayor honra que las de los hombres.»

Ese es el espíritu que exclamó por boca de Felipe II, contestando á los que le proponían el abandono de estas islas, en atención á los pocos recursos que de ellas sacaba el Erario: «Por sola la conversión de un «alma de las que allí hay, daría yo todos los tesoros de «las Indias, y cuando no bastaran, daría todo cuanto «España me rinde de bonísima gana, y por ningún «acontecimiento he de desamparar ni dejar de enviar «predicadores y ministros que den luz del Santo Evangelio á todas y cuantas provincias se vayan descubriendo por muy pobres que sean y muy incultas y «muy estériles, porque á Nos y á nuestros herederos «la Santa Sede Apostólica ha dado el oficio que tuvieron los Apóstoles de publicar y predicar el Evangelio,

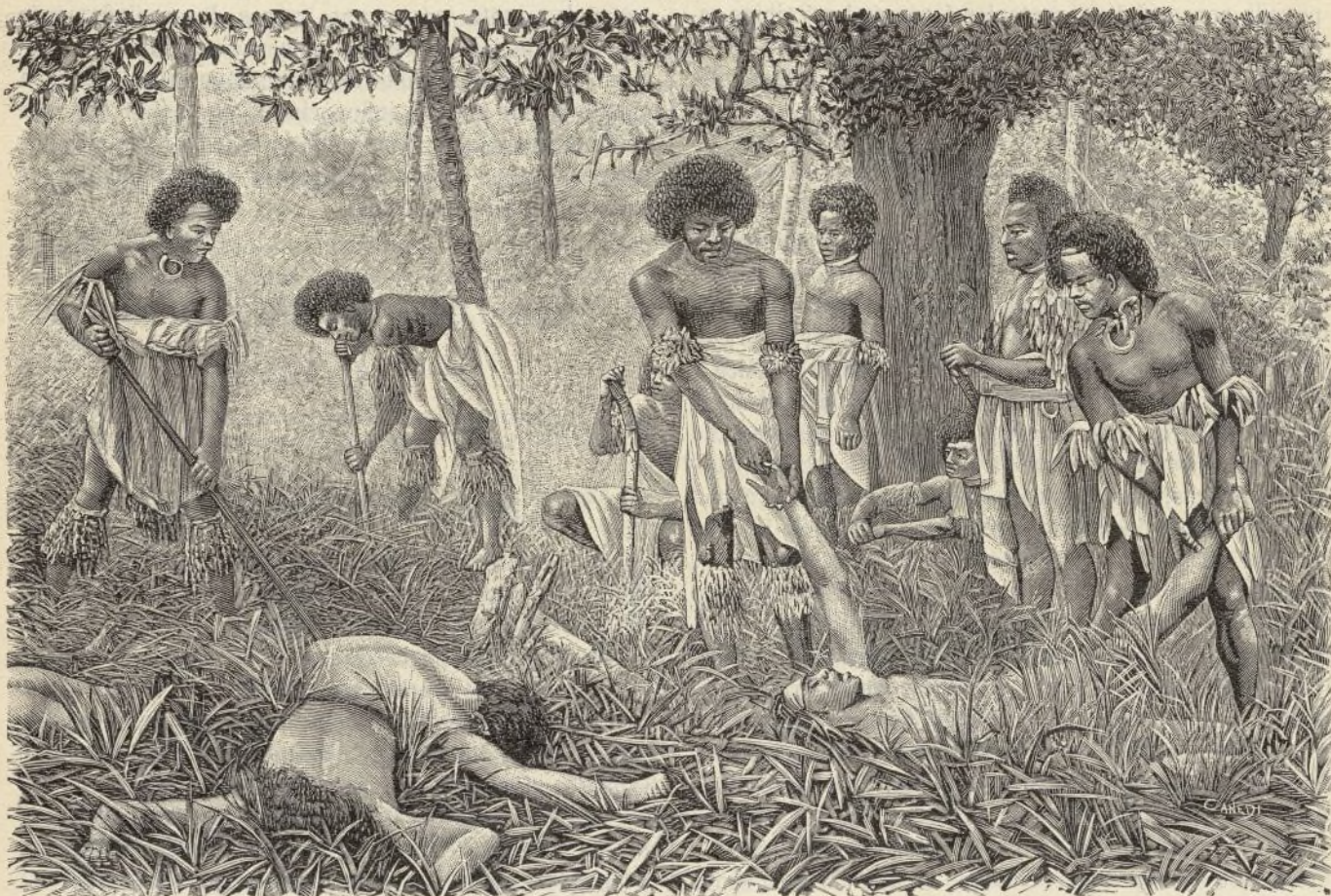
«el cual se ha de dilatar allí y en infinitos reinos, quitándoles el imperio á los demonios y dando á conocer «el verdadero Dios, sin esperanza alguna de bienes temporales.»

Deberes del Gobierno y de otros respecto á los intereses religiosos en las islas

Por esa razón los delitos que más deben perseguirse en Filipinas, y en los que debe mostrar el Gobierno especialísimo celo, son los delitos contra Religión y personas eclesiásticas, por ser los que vulneran el mayor bien social, y más directamente contrarían á la fundamental obligación que España contrajo al incorporar estas islas á su corona. De ahí que no deba permi-

con su Iglesia santa, que cualquier otro deber y obligación, por alta y respetable que sea la institución que lo imponga.

De ahí que el Gobierno de la nación y las altas Autoridades hayan de ser las primeras que deban desecharse, no sólo en sus actos oficiales, sino en los privados, y como políticos, como escritores, como empleados, como militares, en los diferentes órdenes de la vida social, la idea ridícula y despreciativa que el Librepensamiento ha esparcido contra los sacerdotes y Religiosos, permitiéndose hablar de ellos en tono que tan poco honor hace al clero, y que sabido por los elementos de otras clases sociales inferiores, viene á hacer que cada día se debilite más el respeto al sacerdocio católico,



ISLAS SALOMÓN (*Oceanía*).—Escena de canibalismo. (Pag. 419)

tirse, sino castigarse severamente, la Masonería, Sociedad anticatólica y antinacional; que deba proscribirse toda propaganda contra los dogmas, preceptos é instituciones de nuestra Santa Madre la Iglesia; que deban castigarse con mayor rigor que cuando se cometen contra otra clase de personas, los desafueros contra los clérigos y Religiosos, dándoles el carácter que positivamente tienen de sacrilegios; que desde el gobernador general hasta el último dependiente del Estado, todos deban esforzarse por demostrar con su palabra y con su ejemplo, en público y en privado, y sin esas exterioridades convencionales de pura forma social (Catolicismo que viene á ser algo así como de mero cumplimiento y cortesía, y que por desgracia tanto abunda), que aman y respetan la Religión católica, y que estiman en más, cual procede, los deberes para con Dios y para

juzgando muchos que la Religión de las personas oficiales no es con frecuencia más que una hipocresía social y una práctica de mera conveniencia política.

De ahí que el Gobierno deba cuidar con gran diligencia que todo el personal suyo en el Archipiélago tenga arraigadas creencias católicas, para que no se vuelva á dar el triste espectáculo que tantas veces, y con harta profusión hemos presenciado, de que los primeros en contrariar la labor apostólica de las Corporaciones religiosas son los mismos que por ser funcionarios de un Estado católico debían ser los que más la apoyaran y corroboraran. De ahí que deba impedirse á todo trance que tenga representación ó sucursales en estas islas toda asociación, junta ó empresa que, bajo cualquier nombre ó pretexto, incluso el ejercicio de derechos políticos, tienda á sembrar aquí ideas antirreli-

giosas ó anticlericales, y que proceda restaurar, ó, mejor dicho, robustecer la previa censura para toda clase de libros, impresos y grabados que vengan del exterior y para los que aquí hayan de ver la luz pública. De ahí que sea cada vez más necesaria la estrecha unión de todos los elementos peninsulares aquí residentes, para que juntos todos al amparo de nuestra divina Religión, de todos acatada y obedecida, podamos resistir con mayor pujanza á los enemigos de la patria, no demos motivo con nuestras discordias á reforzar el campo rebelde, y en lo posible consigamos levantar los prestigios morales, hoy desgraciadamente bastante decaídos. De ahí también la necesidad grande de que en las esferas gubernativas desaparezca una errónea idea, funestísima y grandemente deshonrosa á las Ordenes, que propagada por espíritus sectarios ó por malos ó tibios católicos, parece ser ya como postulado de muchos políticos de Madrid y de gran parte de los peninsulares que arriban á este Archipiélago.

Concepto denigrante sobre la importancia de las Ordenes, y manera con que suelen ser miradas

Nos referimos al concepto empezado á difundirse desde la Revolución del 68, que considera á los Religiosos de Filipinas como un mal necesario, como una institución arcaica con la cual hay que transigir por razones de Estado, como un resorte meramente político y de conveniencia para la nación, la cual no puede sustituirle con otros. Ese concepto denigrante, manifestado unas veces con franqueza, otras con reticencias ó medias palabras, que hieren más que un cuchillo, conocenlo nuestros declarados enemigos; conocenlo los naturales del país que han estado en la Península; conocenlo, porque se ha propagado en periódicos y otros impresos que han penetrado en el Archipiélago, gran número de indígenas que, sin haber salido de Filipinas, reciben de eso notable escándalo; y contribuyen á que cunda y se propague por las islas, cuantos peninsulares nos hacen guerra, ya por preocupaciones antirreligiosas, ya por compromisos de secta, ya por resentimientos personales, ya por ligereza, ya por envidia, pues de todas esas clases tenemos enemigos.

De ese concepto se deriva que en opinión de muchos arrastremos en el país una existencia de conmiseración y de mera condescendencia; que vivamos aquí, más bien que honrados y considerados como cualquiera otra institución metropolitana, tolerados y como de limosna; que en muchos casos parezca que los Religiosos somos y valemos menos que los militares, los empleados y los de otras profesiones y carreras; y que con facilidad pasmosa, como á los más desamparados y desvalidos, se nos achaque la culpa de todos los males que afligen al país, sirviendo nuestro nombre de obligado recurso, para escurrir el hombro y eludir responsabilidades, á gobernadores y otros representantes del Gobierno y administración de las islas, cuando les ocurre algún fracaso ó tienen que lamentar en su gestión algún suceso desagradable. Para todos hay indulgencia, para todos excusa, para todos benignidad y ojos de cariño; la época es de transigencias y respetos para toda clase de expansiones, aun con menoscabo de la moral y la justicia; sólo lo que á los sacerdotes y religiosos pertenece

debe mirarse con desdeñosa altivez, con extremado rigor y despótica exigencia. Todo lo ha de pagar el Religioso: de todo se le ha de echar la culpa: para él han de ser los disgustos, las desazones, las censuras, los desprecios. No parece, excelentísimo señor, sino que somos el *anima vilis* del Archipiélago.

Esta posición humillante que, como individuos obligados á mayor perfección que la generalidad de los cristianos, soportamos pacientemente, recordando las palabras del Apóstol, *tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus omnium peripsema usque adhuc*, y de la que no hablaríamos si el mal se circunscribiera á una de tantas molestias anejas á nuestro ministerio, claro es que no podemos en modo alguno consentirla como clase sacerdotal y religiosa y como corporación española; tanto más cuanto vemos desgraciadamente que ese injurioso y erróneo concepto perjudica grandemente á nuestro ministerio, y hace que cada día vaya siendo menor nuestra influencia en el pueblo que nos está encomendado, combatido, como se halla, viva y tenazmente por todos los agentes perturbadores que han traído la insurrección.

(Se concluirá).

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

VIII

¡Moisés salvado de las aguas!

EN marcha! En la orilla vi un muchacho de cinco á seis años en traje por demás ligero.

—¿Qué haces aquí? le pregunté.

No obtuve respuesta alguna.

—Habla, niño; ¿caso eres mudo?

El muchacho me miró, pero no dijo una palabra. Entonces uno de los remeros, maestro Juan Bautista, me refirió la siguiente historia:

—Padre, mientras tú bautizabas ha venido un hombre de la aldea, y cogiendo al muchacho le ha dado un tremendo palo en la cabeza, y después le ha echado al agua, de donde lo he sacado y conducido hasta aquí.

Apresuradamente fuimos á la aldea para pedir explicaciones.

A la vista del muchacho, la gente decía:

—¿Cómo? ¡Aun por aquí! ¿De dónde vienes?

Explicáronnos el caso. Dijeron á voces que era un ladronzuelo, ó más bien un ladrón de marca mayor, un malvado que robaba continuamente.

—Una vez ya le rompieron un brazo; pero como si nada. Esta mañana robó una yuca, y hartos ya de él, le arrojaron al agua.

Preguntamos por sus padres, y supimos que era huérfano, y que habían muerto también sus abuelos: así es que vagaba errante de uno á otro pueblo, robando comestibles dónde y cuándo podía. Nadie se cuidaba de vestirle, de curar sus llagas ni de proporcionarle alimento. ¡Cómo era un niño! ¡Mercancía inútil! ¡Ah! ¡si hubiese sido una niña! ¡Por lo menos entonces hubieran podido venderla! ¡Un muchacho! ¡uf! Así es

que cuando propusimos encargarnos de él, nos dijeron con entusiasmo:

—¡Es tuyo, es tuyo! ¡Tómalo! ¡Llévatelo pronto, pronto! ¡Vaya un alivio!

Quedamos convenidos. Mas como no podíamos hacernos cargo de él por el momento, suplicamos á la mujer, nueva cristiana, que lo cuidase hasta nuestro regreso ó sea durante tres días. Trato concluido; satisfaríamos su manutención. Sin embargo, antes de partir le administré el santo Bautismo. Nadie, pues, le tocaría para nada: era un niño de los *Minisés*. Por fin continuamos el viaje.

Si alguna alma caritativa, movida á compasión por el pobre niño abandonado, quiere contribuir á hacer del pequeño Moisés un buen cristiano, que su Angel custodio le ayude á cumplir este buen pensamiento. Nosotros le quedaremos sumamente agradecidos, pues eso nos permitirá hacer más bien en torno nuestro.

¡Ah! ¡Cuán poca cosa es para el fang la vida de un hombre! Quizá en ninguna parte se mira con tanta indiferencia la vida ó la muerte del ser humano. Así no debe sorprenderos si os decimos que entre ellos, á la sombra de nuestros establecimientos, á la sombra misma de nuestro pabellón nacional, los casos de antropofagia, ó de canibalismo, si queréis, son harto frecuentes.

IX

En los campos.—Sorpresas desagradables

A las diez de la mañana proseguimos la marcha para remontar el río. Poco á poco el Ndjemberví se angosta: su curso, visiblemente dirigido primero hacia el Sur, da una vuelta, y sigue su camino serpenteando.

Los paletuvios cesan paulatinamente de ofrecerse al paso: á trechos hallanse en el río gruesos troncos de árboles derribados y enormes rocas. Los martín-pescadores, de brillante plumaje metálico, las águilas pescadoras de plumaje sombrío, el *nkungu* de carne succulenta, están allí inmóviles, con la vista fija en la corriente. De pronto lánzase al agua, y triunfalmente llevan en el pico el pez que forcejea en vano.

Por último, á las dos y media llegamos súbitamente frente á un pueblo llamado Ntum, habitado por pahuiños de la familia de los esamekos. En la orilla había un hombre que, después de saludarnos, huyó á la carrera. El P. Monnier y yo desembarcamos, y los muchachos permanecieron en la piragua. La aldea distaba cincuenta pasos de la orilla, muy áspera en aquel sitio. Subimos rápidamente, y de repente oyóse un redoble extraño de tamtam, una especie de llamamiento:

Pa-ta-panpán...	Patapán patapán...
Pa-ta-panpán...	Patapán patapán...
Pan pan pan...	Pan... panpanpán... pan .. pan...

El sonido era lúgubre, sofocado. Mirámonos sorprendidos. ¿Qué será! ¡No importa, adelante!

En aquel sitio el sendero se divide en dos. ¿Cuál elegir.

Al azar tomamos el de la derecha: nuestro Angel bueno nos guiaba. En vez de llegar por el *abene*, como es costumbre, salimos á la parte posterior del pueblo. Una choza tenía la puerta abierta. El P. Monnier en-

tró resueltamente en ella, y le seguí de cerca, sin que nos acompañara un solo muchacho. ¿Por qué?

Hallábamonos en el *nseng* (plaza pública), y á nuestro frente, pero dándonos la espalda y gesticulando como endemoniados, habían acudido una veintena de guerreros á la puerta del pueblo, blandiendo sus fusiles de chispa, constantemente cargados hasta la boca con clavos, restos de marmitas y fetiches diversos, agitando furiosamente sus azagayas y sus lanzas de largo hierro envenenado, prontos á dar buena cuenta de nosotros de improviso y á la primera aparición. (*V. el grabado de la pág. 425*). Nos aguardaban alargando el cuello y con el oído atento; y he aquí que de repente, detrás de ellos, sin que uno solo nos hubiera visto todavía, nos adelantamos llenos de audacia, diciendo á una:

—¡Buen día!

Confusos, estupefactos, volviéronse todos hacia nosotros.

Sin perder nuestra sangre fría, nos adelantamos hacia ellos con la mano abierta, sonriendo y como si no reparásemos en sus furiosos gritos y furibundos gestos, y volvimos á saludarles. Ellos, por su parte, en un abrir y cerrar de ojos nos rodearon, y sin saber como, nos hallamos en medio de la *abene*.

En torno nuestro, con aire feroz, sentados ó en pie, hallábanse todos los guerreros. Tres ó cuatro habían olvidado sus armas. El jefe les lanzó un vigoroso y vehemente apóstrofe. Parecía un guerrero de Homero.

—¿Cómo han entrado hasta aquí los blancos?... ¿No hay ya guerreros en la aldea?... ¿Dónde están los fusiles?... ¿Dónde están los hombres?...

Así, durante un cuarto de hora, continuó recriminándoles con violencia.

¡Horrible era este jefe! Todos sus cabellos estaban dispuestos en multitud de pequeñas trenzas, que al menor movimiento oscilaban al rededor de su cabeza. Iba casi desnudo. Sus brazos se agitaban, todo su cuerpo se estremecía, blandía el fusil, y mientras que sus ojos, animados por el furor, se fijaban en nosotros, contraíanse sus facciones, marchitas por la enfermedad. (*V. el grabado de la pág. 413*).

¿Cuál era nuestra situación? ¿Era ya llegado el momento de encomendar nuestra alma á Dios? Pedí un vaso de agua al P. Monnier, y advertí que su mano estaba algo temblorosa.

—Era á causa de la fiebre, me aseguró más tarde.

Y lo creo ciertamente, pues había motivo para ello.

A mí me sobrecogió sobremanera lo extraño del espectáculo. A cada momento acudía un guerrero cubierto de sudor. Hallábase lejos pescando, cazando ú ocupado en el bosque; pero al oír el tamtam de guerra, acudía con toda presteza en socorro de la aldea.

No se veía un niño ni una mujer. Llevándose á la ventura su precioso mobiliario, un perolito, una marmita quebrada ó algunos viejos toneletes, toda la gente débil se había puesto en salvo internándose en el bosque, en expectativa de los acontecimientos.

En torno nuestro, en la *abene*, rodeándonos, estrechándonos por todas partes, cuarenta, cincuenta guerreros. Estábamos absolutamente en sus manos.

Por fin, uno de nuestros muchachos se atrevió á sa-

lir de la piragua, en la que se habían refugiado todos, dispuestos á huir á la menor alarma. No oyendo el acostumbrado grito de muerte, creyó que probablemente estábamos aún vivos. Poco á poco fué explicándose todo. Recientemente los hombres del pueblo habían robado una mujer y un niño, y cuando llegamos nosotros, creyeron que acudían los blancos á saquear el pueblo. De ahí la alarma.

Habíamos escapado de una buena. Debo hacer presente que aquí todos los blancos son solidarios. Para los indígenas todos los europeos son hermanos. Si un viajero cualquiera roba una aldea, mata un hombre ó una bestia, el primer blanco que acierta á pasar por allí pagará infaliblemente la falta de su predecesor.

Ea, la cosa ofrecía mejor aspecto. Por desdicha iniciábase una discusión. Hace algún tiempo en una excursión apostólica el P. Monnier tomó prestada una piragua; pero los encargados de tripularla la perdieron. Ahora bien, precisamente el jefe de la aldea era, sino su propietario, por lo menos su custodio, y había que pagársela. Como iba á ensarzarse una cuestión, para concluir de una vez, dije al jefe:

—Ea, ten presente que son las tres, que aún no hemos comido, y tenemos hambre y sed. ¿Cómo quieres que hablemos de esta manera? Imposible: vamos, pues, á comer, y luego tú hablarás y nosotros también.

Así se hizo, y despachamos las provisiones con un apetito atroz. Al cabo de una hora, transcurrida bajo las miradas curiosas de cuarenta ó cincuenta hombres, de aspecto poco tranquilizador y aguantando un fuego graneado de observaciones, de risas y cuchufletas de toda clase, fué por último preciso terminar nuestra historia. También, empero, volvió á reinar la tranquilidad. Las mujeres, «signo de paz», habían regresado.

Como el propietario de la embarcación perdida habitaba en una aldea vecina, presentábanse dos soluciones, que fueron largamente discutidas. O enviarle á buscar, y entre tanto retenernos prisioneros, lo que era muy poco de nuestro agrado; ó hacernos acompañar á él, para ir nosotros mismos, que es lo que preferimos. Finalmente, con gran satisfacción por nuestra parte, la mayoría opinó en este último sentido.

¿Creéis acaso que nos hicimos repetir dos veces la invitación? ¡Ah! de ninguna manera: ¡en marcha!

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

El P. Hacquar, que recientemente ha recibido la cruz de la Legión de Honor por su participación en la expedición hidrográfica del Níger, cuyas peripecias refiere en esas páginas interesantes é instructivas, nació el año 1860 en el departamento del Meurthe. En 1876 entró en el noviciado de la Casa Cuadrada, y después de haber sido ordenado sacerdote en 1884, fué sucesivamente profesor en los colegios de San Luis de Cartago y San Carlos de Túnez. Allí fué donde se perfeccionó en la ciencia de la lengua árabe y el conocimiento de África. Estos estudios particulares no le desviaron, sin embargo, de los trabajos comunes del profesorado, y recibió con brillante éxito el grado de licenciado. Llamado entonces á la escuela apostólica de Santa Eugenia, dirigía en ella los estudios cuando en 1890 fué enviado á Ugarla. En este peligroso puesto supo, por su habilidad y experiencia en las cosas indí-

genas, establecer con las tribus del Sur argelino relaciones que han sido el origen de la influencia francesa entre los tuaregs. Constantemente ha sabido inspirar á los árabes tanto respeto como admiración: asiste á los enfermos, cuida á los huérfanos, instruye á los niños, siendo todo esto el motivo porque el nombre del *morabito francés* Abdallah es venerado por aquellos indígenas.

Relato del R. P. Hacquar, de los Padres Blancos

SUPERIOR DE LA MISIÓN DE TOMBUCTU

TODAVÍA no habíamos llegado á Tombuctu el Padre Dupuis y yo, cuando proyectamos pasar más adelante. La expedición hidrográfica del Níger, de la que el Sr. Hourst, su jefe, nos dió en Gurao las líneas principales, era, en efecto, una ocasión tan providencial, que hubiera sido culpable no aprovecharla, y desde nuestro primer encuentro con el comandante de la flotilla del Níger, convenimos en que yo le acompañaría mediante la autorización de nuestros superiores respectivos. Todo estaba dispuesto, pues, cuando en el mes de Enero la expedición hidrográfica echó el áncora en Kabara para completar sus provisiones, recibir del comandante de la región, jefe de batallón Sr. Rejou, los últimos informes sobre la situación política de nuestros vecinos del Este, y embarcarme. Nada me retenía, pues algunos días antes habíamos recibido dos nuevos compañeros que, con el P. Dupuis, aseguraban el porvenir de la Misión de Santa María de Tombuctu. Difícil sería decir si era el comandante Hourst ó yo quien más deseaba hacer juntos esta expedición: él alentaba la idea de favorecer la extensión de la civilización cristiana en el Sudán, y yo me consideraba extraordinariamente dichoso atrayendo las bendiciones del cielo sobre esta empresa de Francia, que ha abierto el Sudán al Evangelio, y halágame la idea de ser allí el primer portaestandarte de Cristo. ¡Adelante, pues! *Duc in altum!*

I

En la región de Tombuctu.—De Kabara á Rhergo

Iter para tutum.

El 22 de Enero, á las nueve de la mañana, todo el mundo estaba en su puesto: los amigos venidos de Tombuctu, que acabábamos de abrazar, quizá por última vez, hallábanse al pie de la duna, unos disimulando una lágrima involuntaria, y otros dándonos los últimos consejos y recomendaciones. Plegáronse los pabellones, y al silbido del contramaeste partimos para Kagma, primero por la llanura inundada, en medio de las hierbas, luego por la laguna de Daye, y finalmente por el verdadero río.

En vez de entregarnos sin medida á las reflexiones que podían impresionarnos y estaban fuera de lugar, recitamos el Itinerario y trabamos conocimiento con el personal de la expedición hidrográfica.

Desde luego debemos hacer mención de cinco blancos: el Sr. Hourst, subteniente de navío, jefe de la expedición; su segundo, el Sr. Baudry, alférez de navío; el Dr. Taburet, médico de la flotilla; el subteniente Bluzet, de la infantería de marina; un anciano de Tom-

buctu y de la colonia Joffre y yo. Pudiera caracterizar más á mis compañeros de viaje; pero no debe alabarse á los hombres sino después de su muerte, y como yo no pudiera hacer sinceramente otra cosa, desde este punto de vista tengo el gusto de abstenerme.

El comandante y yo teníamos cada uno un pequeño *roof* delante y detrás del «Jules-Davoust», barca de aluminio de doce metros de largo, con tres mástiles, un cañón rewólver y seis remos. Ligeras modificaciones transformaban sucesivamente mi camarote en capilla, oficina, comedor y dormitorio, una verdadera maravilla.

Además de la tripulación regular compuesta de Digui, segundo maestro piloto, y seis remeros, teníamos á bordo dos criados, al maestro carpintero Abdullaye, al intérprete Suleymán, y al joven morabito Tierno, contratado en Kayen, en calidad de secretario árabe.

La «Enseigne-Aube», barca de madera construida en el Níger para la flotilla, de diecisiete metros de largo, tenía dos mástiles y ocho remos. Estaba armado con dos cañones de tiro rápido, y tenía dos camarotes, uno para los Sres. Baudry y Bluzet y el otro para el



SUDAN FRANCÉS.—Salida de Kabara

doctor y su farmacia. Durante la marcha, mientras que el comandante y el Sr. Bluzet examinaban cada uno una orilla; el Sr. Baudry, en el «Dantec», pequeña barca de nueve metros, con cuatro hombres, surcaba el río, y con una red de sonda notaba las profundidades y el canal principal. El «Dantec» es la embarcación que montaba el Sr. Boiteux cuando tomó á Tombuctu, ar-



GABÓN (Africa Occidental).—Guerreros del pueblo de Ntoum. (Pág. 423)

mado entonces con el cañón rewólver del «Davoust.» Añadiré, para ser completo, que esta última barca remolcaba una canoa Bertón, el «Aube» una piragua, y el «Dantec» un yuyu.

Nuestros negros senegaleses eran veintinueve, contando los cinco criados, que no tomaban parte alguna en las maniobras y hubieran sido muy insignificantes para la defensa, debiendo por lo menos decirse otro tanto de Tierno. Quedaban, pues, como fuerza viva, dieciocho simples marineros, dos contramaestres, el intérprete Suleymán, Abdullaye y Digui. Toda esta gente era pagana ó musulmana, ó más bién, según el dialecto franco-sudanes, *marabut-sirop* ó *marabut-tafia*. Hubiera preferido tener á mi servicio un niño cristiano de Tombuctu, pero los peligros del viaje eran tales, que resolví tomar un *mamadú* cualquiera. Si los marabuts-sirops reconocían á Tierno por presidente natural, los marabuts-tafias tenían un digno jefe en el maestro carpintero. Cuando Wolof Abdullaye servía una botella de un líquido espirituoso cualquiera, tomaba doble, triple ración y á veces más, y si no rociaba al comisario, era tan sólo porque éste juzgaba prudente apartarse: por suerte, este muchacho entre nosotros tuvo más ocasiones de mostrarnos su buena voluntad que de cultivar su defecto.

El personal indígena apenas bastaba numéricamente para asegurar todos los servicios. Después de jornadas penosísimas, de cuidar de los víveres, cocina, limpieza de las barcas, etc., había que hacer la guardia de noche, desde la puesta del sol hasta su salida. Como éramos cinco blancos, dividíamos cada noche en cinco partes: desde la puesta del sol hasta las nueve, desde las nueve hasta media noche, desde las doce hasta las dos, desde las dos hasta las cinco, y desde esta hora hasta la de levantarse. Había constantemente un blanco en pie, pronto para todo lo que pudiese ocurrir, un negro de graduación y dos funcionarios á bordo de cada una de las dos grandes barcas. Así ayudándonos nosotros mismos, algo merecimos que el cielo nos ayudase, como así fué. ¡Gracias á Dios!

Considerábamos á Kagha como la llave de toda la región: en Kagha, en efecto, es donde debíamos hallar á los jefes de la importante tribu de los kuntas. Esta familia, que erróneamente algunos creen completamente degenerada, ejerce, por el contrario, una influencia moral y religiosa preponderante desde Tombuctu y más allá hasta el Nordeste del recodo del río; es omnipotente entre los auclimidenos, y teníamos que pedirle la consigna de paso.

Por desdicha, en el momento de nuestra llegada los dos principales miembros de la familia hallábanse ausentes: Abidine, el jefe temporal, y Aluata, el jefe espiritual. El primero estaba probablemente de caza por los alrededores; y el segundo parlamentaba á diez jornadas más lejos, con los kel-jochis que le habían arrebatado gente y rebaños; mas advertido de nuestra llegada, regresó apresuradamente. Aguardarles no era perder el tiempo.

Por otra parte sus parientes nos habían recibido muy bien con las maneras propias de un sahariano sincero:

no éramos desconocidos: muchos habían venido á Tombuctu á visitar á su primo Hammadi, quien no había dejado de conducirlos á casa de los misioneros, sus grandes amigos. Yo mismo había enviado á Aluata un regalo aquí considerado como regio, una botella de aceite de alfóncigos fabricados en Segu y al que, fundándome en los usos comerciales de Marsella y otras partes, me atreví á poner la etiqueta: «Aceite de oliva de Provenza, superfino.»

—Hace cincuenta años, dijo enternecido, que no se había visto en el país aceite de olivas.

El día siguiente se presentó Abidine. Al pronto creíamos que todo estaba perdido. Su cabeza enérgica no se inclinaba lo más mínimo, y asistió á la discusión casi sin decir una palabra, fumando pipas con verdadero furor. Este era sin duda para él el modo de ilustrarse; pero la luz no se hacía en su mente. Ni los regalos tuvieron éxito: sólo contestaba con monosílabos ó palabras evasivas. Por fin, resolvimos volver á bordo, y en el trayecto tomé aparte á uno de sus hermanos, y le dije:

—Tu hermano es intratable, y no lo entiende: sólo conseguirá echar á perder nuestros asuntos y los vuestros. No ha comprendido lo que conviene.

Abidine con su rectitud no estaba convencido de nuestras buenas intenciones; era amigo de los tuaregs, y por lo tanto no quería hacerles traición: este escrúpulo le contenía.

Reanudóse la conversación. El comandante, sobrino de Abd el-Kerim (Barth), el protegido de los kuntas, les dió multitud de detalles sacados de la obra de su tío: todos quedaron maravillados: para saber tantas cosas y con tanta exactitud, preciso era que el comandante hubiese sido educado en las rodillas de Abd el-Kerim, que le había oído mil veces contar sus recuerdos, como hacen los viejos. Yo poseía también algunos papeles importantísimos de su familia. Hammadi, en el acto de partir, me los había entregado ocultamente sin decirme una palabra de explicación; dirigióme tan sólo mirada significativa que me llamó mucho la atención. Los mostré á Abidine.

—¿Quién te dió estos papeles? me preguntó.

—Tu primo Hammadi.

—¿Para entregármelos?

—No, para conservarlos. Te los muestro para que comprendas lo que piensa Hammadi, á quien lo he comunicado todo. Ya ves que él no desconfía de nosotros.

El día siguiente Abidine estuvo más tratable: sus hermanos le habían hecho reflexiones. Habló, preguntó, tomo informes, y nos prometió cartas para sus amigos entre quienes íbamos á pasar. Por la noche nos las trajo: estaban bien, y nos recomendaba eficazmente. Al despedirse pidió al comandante que al día siguiente no partiésemos muy temprano, pues quería volver á vernos. Esto era muy buen indicio, y se lo concedimos.

Abidine volvió, en efecto: examinó de más cerca nuestro armamento: le mostramos el manejo del cañón, el fusil modelo 86, el revólver. Por último, mientras examinaba el fonógrafo, hicimos desembarcar á nuestra gente como para preparar la comida en tierra. Súbitamente el que estaba de centinela hizo señal de acercarse el enemigo, y toda la tripulación volvió á bordo, empezando un tiroteo al mando del subteniente Bluzet: luego cada uno ocupó su puesto de combate y se dispuso la marcha. Ante este simulacro de defensa el rostro del viejo brigante tomó una expresión de viveza, sus ojos despidieron rayos y como inspirado tomó las manos del comandante, y dirigiéndose á mí exclamó:

—Abdallah, di esto al comandante: Juro, juro, sí, os juro que hablaré yo mismo á Madidu, Amenokal de los auelimidenos: nadie os dañará por el camino, y él os acogerá como si me recibiese á mí, porque vosotros sois hombres. Sólo os pido una cosa: no vayáis harto aprisa, así habrá tiempo para que os preceda mi mensaje. Y ahora que Dios os guarde y la bendición del jeque Sidel Bakkay.

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI.

XVI

Expediciones al Desierto

EN el mes de Enero del noventa y tres mandé, de acuerdo con el señor Gobernador, al cacique Mariano Salteño al desierto, para conquistar á algunas tribus, pues se sabía de antemano sus inclinaciones favorables de venir á la vida civilizada. Después de varias idas y venidas se concertó la reducción del renombrado cacique Manuel, con una numerosa indiada, y colocarla en nuestra Reducción de San Martín; como lo afirmaba el señor Gobernador de la Provincia en 18 de Mayo del año citado á las Cámaras legislativas.

En efecto, este mismo día salía de nuestra Reducción de San Martín el citado cacique con doce indios y otras tantas mujeres en dirección al desierto, para traer las referidas indiadas, llevándole algunos regalos, como ropa, etc. Con la revolución de Julio todo se perdió; porque la indiada en camino se concentró al desierto con la noticia de la revolución.

También el P. Hermes Constansi, según me comunicaba, había iniciado en varias ocasiones expediciones al desierto, valiéndose de indios amigos, pero sin resultado práctico, sin embargo la buena voluntad del salvaje en reducirse; porque algunas Autoridades de la frontera se mostraban hostiles á ellos.

En efecto el Padre Constansi enviaba al desierto, como ya he dicho, á indios amigos á conquistar á los salvajes: condescendiendo éstos, se acercaban á la Misión para ponerse al habla con el Padre misionero; al saberlo las Autoridades forjaban una invasión de indios, reunían las fuerzas, invadían el desierto, y mataban ó dispersaban á los indios que venían á reducirse, para

en seguida mandar flamantes telegramas á los Gobiernos sobre los triunfos obtenidos sobre la barbarie, y de la asombrosa energía de las Autoridades... he aquí una de las muchas causas de la nulidad de nuestros esfuerzos.

El golpe mortal para nuestras Reducciones fué la sublevación de una parte de la indiada de San Antonio de Obligado, en la Prefectura pasada, causada por el maltrato de las Autoridades militares, las que le comían lo que la nación les daba, traficando además con sus sudores. (No descendo á sus pormenores, que repugnan á mi carácter)...

XVII

Planes de nuevas Reducciones

Sin embargo lo expuesto, esta Prefectura no ha perdido nunca de vista el desierto, pensando que hoy viven todavía infinidad de seres racionales, que la Religión y la patria llama á incorporarse á la gran familia argentina.

En efecto, fracasada la última expedición por los motivos mencionados, me personé á V. E. para intentar de nuevo la reducción del cacique José Manuel, pero no fué posible, sin embargo su buena voluntad, á causa de la penuria del erario público, motivada por la invasión de la langosta, que por dos años consecutivos había devorado la sementera y debilitado, por consiguiente, sumamente los recursos de la provincia.

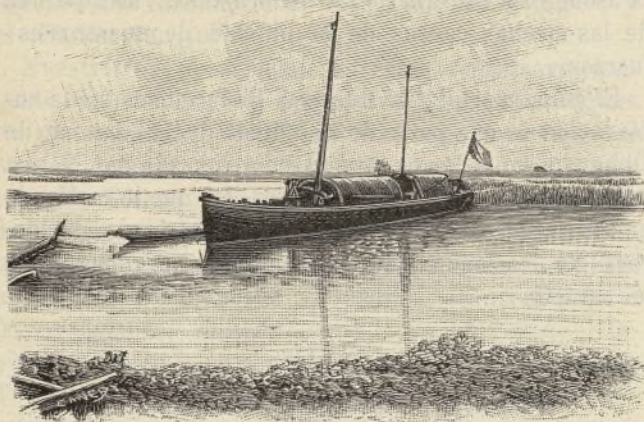
Mientras yo diligenciaba este mi asunto, el señor Gobernador de Formosa se dirigía á la Prefectura del colegio de Franciscanos en Corrientes, pidiéndoles le propusieran un plan de Reducción indígena en el Chaco, con las bases para establecerlas y sostenerlas. Aquella prefectura se dirigió inmediatamente al entonces comisario general de franciscanos en la República Argentina, Fr. Quirico Porreca, hoy fallecido, pidiéndole la cooperación de los demás colegios de la República para un fin tan noble en un asunto que nos toca tan de cerca.

El citado Padre, comisario general, se dirigió por vía de urgencia al colegio de San Carlos, en San Lorenzo, y al de Salta, pidiéndole su cooperación: ambos contestaron afirmativamente, con las bases redactadas para las nuevas Reducciones, encargando al mismo tiempo al reverendo Padre Comisario general diera los pasos necesarios, á nombre de los tres colegios franciscanos, para que las proyectadas Reducciones tuvieran un feliz resultado.

Los tres colegios se proponían dividir entre sí el Chaco Austral y Boreal, esforzándose de consuno en borrar para siempre del territorio argentino los últimos rastros de la barbarie; penetrar en las selvas del desierto con la cruz civilizadora en la mano, la enseñanza del Evangelio en el corazón, y sin aparatos de armas y de armados, cambiar la cabaña del salvaje en templos de civilización cristiana.

Este hermoso ideal, que todo corazón patriótico no podría menos de aplaudir y ensalzar, no tuvo los resultados deseados.

Desvanecida también esta esperanza, volvió esta Prefectura á molestar las atenciones del señor ministro del culto, Dr. D. Antonio Bermejo, con este objeto.



LA BARCA «ENSEIGNE-AUBE.» (Pág. 424)

En efecto, en Julio del año pasado, el Gobierno de la nación resolvía establecer una Reducción en el centro del Chaco, lugar denominado *Tartagal*; encomendando la dirección y formación de esa nueva misión al Prefecto de Misiones de franciscanos de Salta, Fr. Joaquín Remedi.

Aprovechando esta buena disposición del Gobierno de la nación, me dirigí al señor Ministro del Culto, recordándole que el histórico colegio de San Carlos en San Lorenzo, hacía más de un siglo tenía sus misioneros dedicados á la conversión de los indígenas en el Chaco, que éstos estaban prontos á secundar las intenciones del excelentísimo Gobierno nacional, si los creía útiles para una obra tan meritoria delante de la civilización; que no era posible que estos apóstoles generosos de la civilización, que tantas pruebas habían dado de su abnegación, no prestaran su concurso desde el momento que habían sido los primeros en entrar en lucha contra la barbarie.

Debo suponer que por poderosas razones el Gobierno

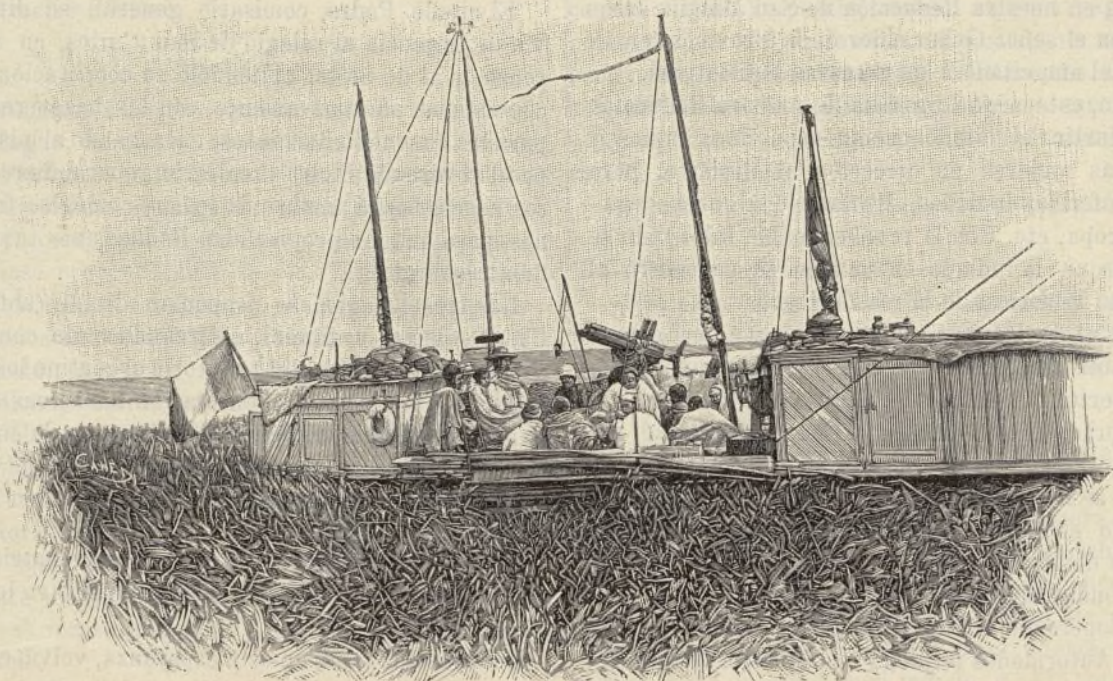
de la nación no aceptó este noble y generoso ofrecimiento. Pero á nosotros nos basta para poder contestar á algunos diarios de la capital de la república, cuando registran en sus columnas que el sacerdote católico no se presta para el sacrificio, mostrándonos como ejemplos dignos de imitarse á los mercachifles ministros del Protestantismo.

No, el misionero católico no necesita de esos ejemplos para cumplir con el soplo divino que impulsa á su divina misión, ni el oro y la plata es el móvil principal de su heroísmo.

Cuando un misionero católico solicita un auxilio de los poderes públicos constituidos de la Nación, no es para sostenerse lujosamente en sus Reducciones, ó para adquirir posesiones holgadas que le permitan un porvenir halagüeño á sus esposas é hijos, porque no los tiene; es para cubrir su desnudez ó para proveerse de un modesto sustento que la Providencia no niega ni á las aves del cielo, y que sin embargo, muchas veces se le mira de mal ojo por una prensa que todo lo critica cuando se trata del culto católico.

No se crea con esto que esta Prefectura se queje de la protección de los poderes públicos de la nación, no: el misionero franciscano es humilde, y su humildad es tan profunda, como la misma virtud que manifiesta en todos sus actos: y su corazón bendice á aquel que le da mucho, como á aquel que le da poco: solamente hago esta digresión para contestar de algun modo á esa prensa, que no pierde ocasión de mortificar injustamente al sacerdote católico, poniéndolo bajo el nivel de los ministros protestantes.

Sin embargo, si se presenta al Congreso un ministro protestante y solicita muchas leguas de tierra para establecer una Reducción, al momento se le concede, sin averiguar si es real el fin porque lo solicita; solo á las Misiones católicas se les pone muchos obstáculos. Hace pocos años á un tal Mister se le concedieron al Sud de Buenos Aires ocho leguas de tierra para una



SUDÁN FRANCÉS.—Regalos hechos á bordo del «Davoust» en Kagua. (Pág. 424)

misión que resultó que, efectivamente, era una misión, pero de criar vacas y refinar ovejas. Sin embargo, la prensa nada dijo: al contrario, si no aplaudió, con su silencio aprobó la resolución legislativa.

Salud al ministro protestante; y que su producto le sea provechoso para él y su familia: verá que nosotros no lo envidiamos.

XVIII

Descripción de las Reducciones.—Santa Rosa de Calchines

Esta población está situada sobre el arroyo de Calchines, brazo del Río Colastiné ó *Pueblo Viejo*.

Hace poco formaba parte del antiguo Departamento San José, que se extendía desde la Boca del Río Santa Fe hasta el último pueblo de la provincia, que era San Javier.

Dista de Santa Fe por tierra, de diez á once leguas; triplicándose esa distancia por agua, á causa de ser el Colastiné, *Pueblo Viejo*, y principalmente el arroyo Calchines, lleno de largas vueltas, que hacen penosa y difícil la navegación á vela; mucho más para buques de algún calado, los que sólo en crecientes altas pueden entrar en el arroyo de Calchines.

CRÓNICA

Roma.—LA SALUD DEL PAPA.—Su Santidad León XIII, á pesar de cuantas noticias ha propalado la prensa de todas las naciones, sigue á Dios gracias disfrutando de completa salud: prueba es de ello el que alarmados por dichas noticias acudieron á Roma varios parientes del Sumo Pontífice, todos los cuales emprendieron el regreso al ver que no era cierta la enfermedad.



Filipinas.—PORVENIR DE LAS ORDENES RELIGIOSAS EN FILIPINAS.—El corresponsal del *New York Herald* en Roma dice haber celebrado una larga conferencia con un influyente Prelado que forma parte de la Secretaría de Estado del Vaticano y de la Propaganda de la Fe.

Después de describir el citado personaje la organización de las Ordenes religiosas en Filipinas, hizo varias declaraciones, que deben acogerse con las necesarias reservas, teniendo en cuenta lo que es la información yanki.

Ocupándose de la participación tomada por el Vaticano en dicho asunto, dijo el personaje consultado:

«El Vaticano concede justamente importancia suma á esa cuestión, porque los frailes no sólo cumplen á conciencia su misión de propaganda evangélica, sino que tienen en su mano el gobierno político y moral del país por su gran influencia cerca de los naturales.

«El Vaticano cree que los Estados Unidos deben tener un gran interés en obtener y conservar la amistad de aquellas Ordenes que quieran contribuir á pacificar las regiones sublevadas.»

A una objeción del corresponsal sobre la probable protección de los frailes respecto á los intereses de España, contestó el Prelado:

«Debemos tener en cuenta que han variado las circunstancias. Ciertamente los frailes españoles, y especialmente los Dominicos, han estado en constantes relaciones con España, y hoy poseen dos Misiones y un colegio. En la guerra de Cuba entregaron un millón.

«Pero no podemos negar un hecho, y es que su gran influencia ha sido contrarrestada durante mucho tiempo por los insurrectos, quienes saben que los dominicanos del Santo Rosario han ayudado á España como poderosos auxiliares.

«Los Estados Unidos podrían obtener de ellos los mismos servicios.

«—Si los Estados Unidos, respetando los derechos de las Ordenes religiosas, pidieran al Vaticano la sustitución gradual de los frailes españoles por los de otras nacionalidades, ¿cree S. E. que accedería el Vaticano?

«—No puedo contestar á V. sobre ese particular. El Vaticano ha hecho el mismo favor á Francia en Túnez y á Italia en Abisinia; no veo razón para que no lo conceda también á los Estados Unidos.

«Las dificultades son, sin embargo, numerosas.

«Cuando la destrucción de la escuadra de Cervera, previése en Manila el término de la guerra. El Arzobispo, Mons. Nozaleda, se dirigió en súplica al Santo Padre, pidiéndole interviniera cerca del Gobierno americano, para poner á cubierto los intereses de las Ordenes religiosas en Filipinas.

«El cardenal Ledochowski transmitió la petición á Su Santidad, rogándole iniciase las negociaciones, las cuales dieron principio inmediatamente.

«El Vaticano comisionó para entenderse con el presidente McKinley á Mons. Ireland, arzobispo de San Pablo de Minnesota, y á Mons. Martinelli, delegado apostólico en Wáshington.

«En un principio rehusó el Gobierno americano entrar en negociaciones; pero, en vista de nuevas y urgentes instancias de Su Santidad, declaró que estaba dispuesto á reconocer los derechos de las Misiones católicas de Filipinas, con la condición de que los frailes españoles no crearan dificultades á los Estados Unidos y renunciaran á la protección de España.»

Comenta luego el *Herald* la *interview*, y dice que de ella se desprenden dos conclusiones: primera, que los Estados Unidos no intervendrán en la educación religiosa de Filipinas, y segunda, que se manifiesta claro el propósito de retener el archipiélago bajo el protectorado americano, pues de otro modo, no hubiera insistido el Gobierno de Wáshington en que los frailes renunciaran la protección de España.

Acerca de este mismo asunto telegrafían de Londres al *Herald* de Madrid las siguientes noticias, que también reproducimos á título de información:

«Los corresponsales de esta prensa en Wáshington y en Roma comunican interesantes noticias acerca de las negociaciones entabladas por Ordenes religiosas de Filipinas para asegurar su influencia é intereses.

«Según esos informes, los Religiosos filipinos acudieron al Papa y al Gobierno de Madrid pidiéndoles protección.

«La Propaganda estudió el fundamento de sus pretensiones, comunicando órdenes á Mons. Martinelli, delegado del Papa en Wáshington, y ruegos al famoso arzobispo Ireland.

«Avistáronse ambos con M. Day primero, y con Mac-Kinley después. Les encarecieron la importancia de no destruir una fuerza civilizadora y gubernamental tan poderosa como la que desde hace siglos representan Franciscanos, Agustinos y Dominicos. Pidieron que se les respetara en el disfrute de sus bienes y en el ejercicio de su ministerio espiritual y docente. Suplicaron que si se llegaba á nombrar delegados para tratar de la paz se diese representación al elemento yanki católico.

«El Presidente, al principio, mostró una gran intransigencia; pero al fin acabó por declarar que reconocería los derechos de las Misiones católicas en Filipinas, si éstas, limitándose á cumplir fines religiosos y civilizadores, se desentendían de la protección de España.

«El Papa, atento á los derechos é intereses de la Iglesia, llamó al embajador español para hacerle comprender la necesidad, por dolorosa que fuera, de que el Gobierno español accediese á desnacionalizar las Misiones filipinas, desligándolas del patronato de España.

«Estas indicaciones del Pontífice encontraron una enérgica re-

sistencia en el Gobierno de Madrid; pero tanto Merry de Val como el Nuncio persuadieron á los ministros españoles de que era preferible obtener algo á perderlo todo.

«Al fin Mons. Martinelli pudo poner en conocimiento de MacKinley que España renuncia á ejercer jurisdicción y protectorado sobre las Ordenes religiosas de Filipinas siempre que se respeten sus derechos, su organización y su libertad para enseñar y dirigir las conciencias.

«Los representantes de las Ordenes en Roma han declarado que sus hermanos obedecerán fielmente el acuerdo á que se muestran dispuestos á llegar por intervención de Su Santidad el Presidente de la República de los Estados-Unidos y la Reina Regente de España.

«Esta solución, en la que se asegura ha intervenido eficazmente Austria, es objeto de comentarios apasionados y de agrias censuras.

«Los periódicos yankis hacen notar que la oposición de los tagalos á los frailes no deriva de su nacionalidad española, sino de su riqueza, su influjo y la absorción de la enseñanza.

«Los frailes, al desligarse de España, conservando la riqueza é influencia, seguirán siendo igualmente odiados por los insurrectos.

«Estos habían pedido á los yankis ahora, como el Gobierno español antes, la expulsión de los frailes, y Aguinaldo encontrará un pretexto para perturbar el gobierno de los americanos en la parte de Filipinas que se apropien.

«Los yankis en Filipinas, como en Cuba y Puerto Rico, deben mermar la influencia del clero y de los Religiosos católicos, é impedir la enseñanza en la lengua española.

«Estos y otros argumentos se aducen para pedir á los comisionados de París que se desentiendan de las gestiones del Papa, y se inspiren sólo en los intereses de su patria.

«Es de creer que, no obstante estas protestas, las Ordenes religiosas de Filipinas conservarán su influencia, siempre que ellas y el Gobierno de Madrid renuncien á utilizar los frailes como un instrumento español, y se atemperen á los planes colonizadores de los yankis.»



Paris.—Acaba de publicarse el extracto anual de los trabajos realizados por los misioneros de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, durante el año 1897. Creemos complacer á nuestros lectores reproduciendo la mayor parte de este importante documento, que demuestra cuán grandes bendiciones derrama Dios sobre los apostólicos trabajos de estos valientes obreros.

«En 1896 los bautismos de paganos adultos administrados en nuestras veintiocho Misiones se elevaron á 38,882. Complacidos estamos al publicar tan elevada cifra de conversiones de infieles, y dimos gracias al Señor, pues dignóse conceder á los trabajos de nuestros misioneros tan hermoso resultado, superior en mucho al obtenido en los años mejores.

«Hoy debemos redoblar las acciones de gracias que constantemente elevamos al Señor, pues vamos á publicar un resultado superior en mucho al del año 1896. El número de bautismos de adultos, según los documentos recibidos, elevase durante el año 1897 á 46,826. En dicho año hubo, pues, un aumento de 7,944 bautismos de paganos, á los cuales hay que añadir los de las Misiones de Yun-nan y de Siam, cuyos datos aun no hemos recibido.

«Séanos permitido indicar cuáles fueron los que más han contribuido á obtener tan brillante resultado: la Cochinchina Oriental con 5,837 bautismos, y especialmente la Cochinchina Septentrional con 9,020. Mencionaremos también la Mandchuria y el Kouang-tong, que nunca habían presentado cifra tan elevada como la de 1897, la cual demuestra que el consolador movimiento hacia nuestra Religión sacrosanta acentúase cada día más y más. En cada una de estas Misiones quedaban al finalizar el año más de 30,000 catecúmenos.

«Tan numerosas conversiones, obtenidas frecuentemente á pesar de los obstáculos de todo género que suscita el enemigo de las almas, representan grandes esfuerzos y perseverantes trabajos.

Sin embargo, no son ellos los únicos adelantos obtenidos, y distan mucho de dar la medida exacta del trabajo realizado por los obreros apostólicos. La vida de una Misión, para afianzarse, necesita de varias otras cosas: el especial cuidado que reclaman las escuelas, la dirección de los Seminarios, la construcción de oratorios ó capillas en las nuevas residencias, la asidua instrucción de los neófitos, y su formación en las prácticas de la vida cristiana; en fin, la administración regular de los fieles, diseminados con frecuencia por inmensos territorios.

«Hemos hecho un recuerdo general de la administración de los Sacramentos en nuestras Misiones durante el próximo pasado año. Este cuadro es forzosamente incompleto, pues dos Misiones no nos han enviado dato alguno, y otras dan solamente el número de las confesiones anuales y Comuniones pascuales, sin indicar las hechas por devoción. Pero, tal como está, muestra de una manera palpable como bajo la acción de la gracia divina y por los constantes cuidados del misionero, el espíritu de fe crece más y más entre estos cristianos. No titubeamos, pues, en presentar el siguiente cuadro, que será para el lector, como por nosotros ha sido, causa de alegría y consuelo:

Confirmaciones.	30,246
Confesiones.	1,292,770
Comuniones.	1,536,497
Viáticos.	10,367
Extremaunciones.	16,942
Matrimonios.	10,056

«Antes de tratar por separado de los distintos grupos de nuestras Misiones, relataremos en breves palabras los principales acontecimientos del año. El primero de ellos es el odioso atentado perpetrado en Lo-ly, Kuang-si, del cual fué víctima M. Massel. Este joven hermano, salido del Seminario de París el 19 de Julio de 1876, cayó bajo los golpes de los asesinos, cuando el Kouang-si empezaba á disfrutar de las ventajas obtenidas por la hábil mediación del antiguo ministro de Francia en Pekín, monsieur Gérard.

«Dos nuevos Prelados han recibido la consagración episcopal: el Ilmo. Pedro Felipe Eprodean, nombrado por Breve del 15 de Febrero de 1897 obispo titular de Tiniade, coadjutor del ilustrísimo Biet, y administrador del Tíbet en ausencia del vicario apostólico; y el Ilmo. Pedro María Lalouyer, nombrado por el Papa el 24 de Julio obispo titular de Raphané, y coadjutor del Ilmo. Guillón, vicario apostólico de la Manchuria.»



Turquía.—Escriben de Constantinopla:

«Doce kilómetros al Oeste de Constantinopla vese uno de sus más hermosos arrabales elevarse á orillas del mar de Mármara: es Macrikeuy, el cual antes de la caída del imperio de Occidente era residencia veraniega de los emperadores. Santa Pulqueria, hermana de Teodosio el Joven, establecióse definitivamente en él después de renunciar al trono; y por esta razón es la Santa patrona de la ciudad.

«En el transcurso de los tiempos Macrikeuy fué abandonado, y durante largos años careció por completo de importancia. Sin embargo, en tiempos más recientes, algunas familias griegas y armenias fueron á establecerse en él, y el ferrocarril facilitando las comunicaciones con la ciudad, ha sido causa de que el número de habitantes aumentara en breve tiempo considerablemente.

«Hace pocos años que algunas familias latinas, atraídas por la hermosa situación y puros aires de que disfruta este lugar, vinieron á establecerse en él. El R. P. Cambiaso, superior de la Misión de Padres Dominicos, ha establecido en Macrikeuy una sufragánea de la parroquia de Constantinopla.

«Para lograrlo tuvo que vencer un sinnúmero de dificultades, y sólo á costa de grandes sacrificios logró edificar la iglesia.

«Una vez terminada la construcción, el R. P. Salvi, que en aquel entonces residía en Macrikeuy, mandó venir Religiosas Dominicas para que ayudaran á los misioneros en sus santas tareas. Estas supieron captarse las simpatías de todos los habitantes, y

actualmente los padres complácense en confiarles la educación de sus hijos.

«Hace pocos años que los Padres Dominicos pidieron y obtuvieron que los Hermanos Maristas vinieron á establecer un colegio, que se halla en muy floreciente estado.

«Este año los misioneros Dominicos han celebrado por primera vez, con la mayor pompa posible, la procesión del *Corpus*, recorriendo las calles próximas á la iglesia. Estas ceremonias religiosas gustan mucho en Oriente. El R. P. Baldi desplegó tanto celo, que logró interesar á todos los buenos cristianos para que volviera á celebrarse esta pública demostración de fe católica.

«Desde las primeras horas de la mañana del día 19 de Julio notábase por las calles de Macrikeuy desusada animación. En breve tiempo las calles todas que triunfalmente debía recorrer la procesión, aparecieron adornadas de verde ramaje, hermosas flores y ricas colgaduras, y entre ellas veíanse flotar mecidas por suave viento un sinnúmero de banderas de todas las naciones. A las diez de la mañana, al alegre tocar de las campanas, llenóse por completo el vasto templo de muchedumbre, ansiosa de admirar las bellezas del culto católico. El M. R. P. Marengo, párroco de Constantinopla y superior de la Misión de Padres Dominicos, asistido por otros dos Padres, celebró los divinos Oficios, durante los cuales las alumnas de las Religiosas interpretaron la célebre Misa de la Santa Infancia, del Ilmo. Sr. Cagliero.

«Sin embargo, el espectáculo más bello y nuevo á la par de cuantos contemplara Macrikeuy, reservábase para las cinco de la tarde, hora en que terminado el canto de Vísperas empezó á salir de la iglesia la solemne procesión: fué un verdadero triunfo. Dos guardias municipales abrían la marcha, haciendo apartar la muchedumbre que desde muchas horas antes llenaba las calles. Una música precedía á la procesión. Los alumnos de los Hermanos, llevando bandera de Nuestra Señora del Rosario, marchaban á la cabeza, venían luego las Religiosas Dominicas con larga hilera de alumnas pequeñas y grandes, vestidas todas de blanco, cubiertas con velos sostenidos en la cabeza por una corona de rosas. Llevaban el palio cuatro de las más distinguidas personalidades de Macrikeuy. A su paso, de todas las ventanas guarnecidas por una muchedumbre modesta y respetuosa, cayó una lluvia de flores.

«Al regresar á la iglesia cantóse un solemne *Te Deum*, y luego el R. P. Marengo lleno de emoción, dirigió á los fieles en lengua griega conmemoradoras frases de agradecimiento »



UN CAMALEON VEGETAL.—Es sin duda la flor llamada *Arnebia Cornuta*, por la circunstancia extraña y singular de experimentar cambio de colores.

La nueva variedad á que nos referimos, recientemente introducida del Asia por el naturalista Regel, es la sola que por ahora se conoce.

Esta flor es de una hermosura rara: al abrirse aparece de color amarillo dorado con cinco manchas negras. El día siguiente el negro se toma marrón oscuro. Al tercer día el marrón desaparece para dar lugar al amarillo pálido.

La *Arnebia* florece sin interrupción durante toda la primavera, y no es raro ver en una sola planta de cien á ciento cincuenta flores á la vez.

VARIEDADES

PASEO DE DON BOSCO CON LOS PRESOS DE TURÍN

EXISTE en Turín una cárcel para muchachos menores de veinte años: *La Generala*. Los detenidos pasan la noche en celdas separadas, y durante el día trabajan ora en la agricultura, ora en algún arte,

siempre vigilados por guardias. Excusado es decir las riñas, pendencias, revueltas, atentados contra las buenas costumbres y demás deplorables excesos que allí ordinariamente ocurrían. Mas confiada la dirección por el Gobierno á la Sociedad de San Pedro *Ad Vincula*, obtuvo D. Bosco el permiso de ir á enseñar la Religión á aquellos desgraciados: instruíalos con el mayor afecto, confesábalos, y en las recreaciones se entretenía con ellos cual si fueran sus hijos amados del Oratorio. Los jóvenes prisioneros, al verse tratados con tan exquisita ternura, le miraban como á su propio padre, se empeñaban en expresarle su estimación y simpatía, y procuraban cumplir sus consejos al pie de la letra.

Don Bosco, con tal predominio, hacía cosas sorprendentes y que ciertamente parecen tener algo de sobrenatural.

Dictando una vez los ejercicios espirituales á los detenidos, fué escuchando con tanta atención y cariñoso respeto, y salió tan satisfecho y edificado, que resolvió obtenerles un premio por su buen comportamiento. A este fin pidió al alcaide que le permitiera dar con aquellos jóvenes un paseo al parque real de Stupinigi (1). Para el prisionero, un día al aire libre, lejos de los estrechos muros que le encierran, es el solaz más ambicionado. Al oír semejante proposición el alcaide, dándole por loco, negó su petición.

Pero Don Bosco, sabiendo por experiencia que para conseguir grandes intentos no basta un paso, y que más meritorio es el bien que mayores obstáculos vence, dirigióse al señor gobernador de Turín y le hizo la misma súplica. El gobernador estupefacto le preguntó:

—¿Me habla V. en serio?

—Con toda seriedad, señor, y le ruego que se digne otorgarme esta gracia.

Larga fué la entrevista: por fin el gobernador, excusándose con la inflexibilidad de Reglamento, concluyó con decirle que hablaría con el Ministro del Interior.

El ministro Urbano Rattazzi oyó, no sin extrañeza, la solicitud; pero como quiera que ya conocía á D. Bosco, contestó que deseaba verle. Se presentó D. Bosco al Ministro con aquella actitud humilde, sencilla y franca, inalterable delante del pobre aldeano como del más ilustre personaje. Recibióle el Ministro con gran cordialidad, y hablándole del asunto, le dijo:

—Me pide V. un imposible.

—No, excelencia: permítame insistir: las disposiciones de los presos son excelentes; seguro estoy de su docilidad y de que ninguno burlará mi confianza...

Supo D. Bosco hablarle y persuadirle con tanta elocuencia, que al fin el Ministro otorgó lo que se le pedía.

—Bien, le dijo, accedo á la petición de V., y le proporcionaré cincuenta números de la policía secreta que vayan á alguna distancia, para que, si es menester, recurra á ellos.

El Ministro había pronunciado estas palabras con grave y blando acento, como si dejara completamente satisfecha la petición. Pero Don Bosco le contestó:

(1) Stupinigi es una pequeña aldea de sólo unas 1,000 almas, situado junto á Sangone, á cuatro millas de Turín.

—Agradezco profundamente la bondad de V. E.; con todo, no me sería dable realizar así mi deseo: la vista de la fuerza pública amargaría el placer de los agraciados. Nada tema V. E., yo soy responsable, y me someto á sufrir la prisión, si ocurriere el menor desorden.

—¿No cree V. que trate de escapársele alguno?

—No abrigo el más mínimo temor.

Ocurrió entonces un fenómeno extraordinario: el ministro Rattazzi, deseoso de tentar la prueba, no dudando quizá que fuera fácil coger de nuevo á los que se fugaran, y más que todo inspirándole plena confianza las palabras de D. Bosco, aceptó la proposición.

La víspera de tan memorable suceso, D. Bosco se presentó á los prisiones y les dijo:

—Hijos míos, vengo á daros una buena noticia: en premio de la benevolencia que habéis usado conmigo; en premio de la buena conducta que desde algún tiempo venís observando; en premio, sobre todo, de vuestra correspondencia á mis trabajos en los ejercicios espirituales, he visitado al señor gobernador y al señor Ministro, y he obtenido la licencia de llevaros mañana á paseo al parque real de Stupinigi.

Los pobres jóvenes, al oír semejante nueva, que estaban bien lejos de esperarse, prorrumpieron en un grito atronador de sorpresa y de alegría. Restablecida la calma, continuó D. Bosco:

—Bien comprendéis cuán grande es este favor, que por vez primera se os concede.

—¡Viva D. Bosco! ¡Viva el Ministro! exclamaron todos á una.

—Sí, viva el Ministro; pero no os olvidéis de lo que voy á deciros. Yo he empeñado mi palabra de que todos vosotros, desde el primero al último, os portaréis tan bien, que no habrá necesidad ni de soldados ni de policías; he empeñado mi palabra de que ni uno solo dejará mañana de volver á este lugar. ¿Podré estar tranquilo? ¿Podré estar seguro de que ninguno de vosotros intentará escaparse?

—Sí, sí, puede V. estar seguro de nosotros: nos portaremos perfectamente, respondieron unánimes. Uno de los más adultos respondió: ¡Cuidado! que si alguno intentare huir correría tras él y le estrujaría como á un pollo.—Y yo, dijo otro, le rompería la cabeza con una piedra.—No volvería vivo á casa, gritó un tercero.

—¡Basta, basta! continuó D. Bosco; estas palabras son duras y están de más. Yo confío en cada uno de vosotros: sé que me amáis, y estoy seguro de que no me habéis de dar disgusto alguno. La ciudad de Turín tendrá mañana puestos sus ojos en vosotros; cualquiera falta de uno solo caería sobre todos, y particularmente sobre mí, que os he alcanzado este favor; me acusarían de imprudente, de iluso, que me he dejado engañar de las inconstantes promesas de unos chiquillos. Por otra parte, ¿de qué os aprovecharía una fuga? La policía la descubriría al día siguiente, y la haría pagar con más severa prisión. En cambio, vuestra buena conducta os atraerá el aplauso general y os acarreará nuevos favores. Pero aparte de estas consideraciones humanas, vosotros, hijos míos, habéis prometido á Dios no volverle á ofender; El os mira desde el cielo, pronto para bendeciros ahora y en lo venidero. Vais, pues, á darle

mañana una prueba manifiesta de la firmeza de vuestras resoluciones. Con que así, todos en guardia; ninguna desobediencia, ninguna riña ni altercado. ¿Me lo prometéis?

—Sí, sí, se lo prometemos, palabra de honor: V. será nuestro general en jefe, añadió uno, y ya verá cómo ningún general ha tenido soldados más fieles y disciplinados.

Cuando D. Bosco les hubo dado las buenas noches, aquellos jóvenes no cabían en sí de gozo.

A la mañana siguiente después de Misa, se abrieron las puertas del presidio, y salieron los trescientos detenidos radiantes de contento, guiados tranquila y paternalmente *sólo por D. Bosco*. No los acompañaba ni un soldado: todos iban sueltos y en completa libertad. Agitábaseles la sangre en las venas, y en sus rostros se pintaba la más pura y apacible alegría. El gran regocijo y la dulce satisfacción que respiraba el sacerdote que los acompañaba, parecía reflejarse en todos ellos, como las elevadas copas de los álamos se reflejan sobre el verde fondo de cristalino arroyuelo.

Jamás aquellos niños habían dado un paseo ni más hermoso, ni que les hubiera hecho probar las suaves y desconocidas emociones que entonces probaron.

Habían tomado el camino de Stipinigi, y llegados allá se desparramaron por las sendas, por los prados y los bosques del castillo, se sentaban á la sombra de los árboles, y junto á las puras aguas del lago jugaban, saltaban, se divertían, comían y se entregaban al más delicioso pasatiempo y la más tumultuosa alegría. El goce de la expansiva libertad les había hecho olvidar la obscuridad y tristeza de la cárcel. Describir las escenas de placer, las impresiones de los muchachos en aquel día, es imposible. Lo cierto es que no ocurrió ni sombra de desorden. La gran preocupación de todos era llenar de tiernas manifestaciones al buen Padre; por lo que, como le notasen un tanto de fatiga, descargaron al animal que llevaba los cestos de las provisiones, y en él montaron á D. Bosco, sin permitirle siquiera la molestia de llevar las riendas. En cuanto á los cestos, los mismos jóvenes se encargaron de llevarlos á cuestas.

El Ministro esperaba con impaciencia el resultado de la prueba. No obstante la confianza que D. Bosco le inspiraba, no podía sentirse del todo tranquilo.

Por la tarde, de vuelta los jóvenes á la cárcel, pasó lista el alcaide; no faltaba ni uno.

Don Bosco sin pérdida de tiempo fué á ver á Rattazzi, para darle cuenta del resultado.

Atónito el Ministro, le dijo: «Le quedo reconocido por cuanto V. ha hecho en favor de nuestros prisioneros; pero desearía saber cómo alcanza V. sobre ellos una influencia que ojalá le fuese posible obtener al Estado.»

—La fuerza que los sacerdotes tenemos, como bien lo sabe V. E., le respondió D. Bosco, es tan sólo moral; á diferencia del Estado que ordena y castiga, nosotros hablamos principalmente al corazón, y nuestra palabra es la palabra de Dios.

El Ministro debió comprender que la Iglesia posee una misteriosa fuerza, superior á todo recurso humano y á cuanto puede intentarse para abatirla.

mente humillada ante el verdadero Dios. Constantino comenzó este largo cortejo de reyes que pusieron la cruz encima de la corona, que bajaron ante la caña de Cristo su cetro y su espada, y que eran tanto más grandes ante los hombres cuanto más pequeños se confesaban ante Dios. Él abrió el camino por donde marcharon Clodoveo y Carlomagno, Alfredo y Godofredo de Bouillón, San Esteban y San Luis, todos esos fundadores de imperios, cargados de victorias, conquistadores, y siervos de Jesucristo.

El pueblo fiel se dirigía en tropel al Campo Vaticano, inmediato al mausoleo de Adriano; magníficos sepulcros, monumentos admirables se elevaban por todos lados cerca de las grutas donde rosonaban los antiguos oráculos; pero él no se detenía ante el sepulcro de Nerón, ni en el templo de Marte, ni en el de Apolo, cuya bóveda daba libre entrada al sol y a la luz; sino que se dirigía a una colina solitaria, al pie de la cual se abría una estrecha cripta, cuya entrada estaba oculta entre las matas. Una alegría grave y una expectación solemne animaban todos los semblantes, señal indudablemente cierta con que podía reconocerse a los cristianos; mientras sus adversarios, los triunfadores de la víspera, mostraban su postración en sus sombrías frentes, ellos miraban con inquietud aquellas muchedumbres en traje de fiesta, y erraban pensativos por aquellos lugares a los cuales sus ascendientes habían unido siempre ideas misteriosas. Al fin, vieron llegar una numerosa cohorte, formada de hombres de edad avanzada, entre los cuales sobresalía un anciano cubierto con largas y blancas vestiduras que parecía el jefe de aquella tropa sagrada; y en las filas podía observarse a muchos hombres que llevaban como veteranos profundas cicatrices, señales de antiguas y crueles heridas. A unos les faltaba un ojo, otros eran del todo ciegos, otros tenían miembros mutilados, y no obstante caminaban cantando himnos, en una actitud llena de serenidad y alegría. Aquel cortejo colocóse en orden delante la entrada de la cripta; el anciano bajó de la silla de cedro y de marfil en la cual era llevado, y alzando tres dedos de la mano derecha bendijo al pueblo, que había hincado las rodillas.

Lea presenciaba aquella escena, pues Constancia había conducido a sus amigas a una torre que se elevaba al extremo del jardín de Nerón, desde la cual la vista abarcaba el campo Vaticano y los admirables monumentos que le rodeaban. Allí habían hallado una anciana vestida con sencillez, pero cuyo aspecto tranquilo y venerable inspiraba respeto; y Lea, viéndola abrazar a Constancia y bendecirla, comprendió que se hallaba en presencia de la madre del César, la emperatriz Elena. Esta saludó con bondad a Cornelia y a las dos jóvenes, y les dijo:

—Vais a presenciar una ceremonia, sin ejemplo en Roma, y espero que la bendición del

Altísimo reposará sobre mi hijo por el acto que se dispone a llenar en este día.

—¿Me permitís preguntaros, dijo Lea con voz tímida, cual es el objeto de esta fiesta?

Elena fijó en ella sus ojos azules, penetrantes y dulces, y respondió:

—Mi hijo, como debéis saber, ha dado a los cristianos la libertad de su fe, y en la basilica Ulpiana ha hecho profesión de esta misma fe saludable; hoy viene a rendir homenaje a los heraldos de Jesucristo, a los santos apóstoles Pedro y Pablo, muertos bajo Nerón.

Lea guardó silencio: pensó en su abuelo, y toda la aversión que su educación, así como los grandes recuerdos de Roma pagana y victoriosa le habían inspirado contra el Cristianismo, despertóse violentamente en su corazón. ¡Habíanla conducido a presenciar una fiesta cristiana! ¡A los capitanes, a los legisladores, a los cónsules, a los senadores, cuya historia le era tan familiar, iba a sucederles esa plebe desde tanto tiempo proscrita, sujeta a los suplicios de los malhechores, y de los cuales detestaban los romanos hasta el nombre! Tácito mismo, el justo Tácito, ¿no había llamado a los cristianos los enemigos del género humano?

Cornelia y Antonia no participaban de esta impresión, mezcla de antipatía y de una especie de terror; miraban, la matrona con plácida curiosidad, y Antonia con un interés que apenas podía disimular. Volvióse a Lea, llevola suavemente entre ella y la princesa Constancia, y la obligó en cierto modo a asomarse al balcón y mirar aquel espectáculo.

—¡Ved a mi padre! dijo Constancia gozosa; y tiñó sus pálidas mejillas un ligero carmin.

Lea veía por vez primera al Emperador, al heredero del imperio de Augusto, al triunfador de los últimos tiranos que habían oprimido al mundo. Constantino, que en aquellos instantes se hallaba en el apogeo de su gloria, llevaba con simple dignidad su nombre y su grandeza; su talla elevada y membrudo cuerpo, los rasgos de su fisonomía, sus blondos cabellos, sus ojos parecidos a los de su madre, todo revelaba su origen extranjero. En este día no llevaba ninguna de las insignias imperiales; tenía la cabeza descubierta, y se había vestido con la clámide y el manto de los tribunos. Al verle, recordábanse los hechos notables que le habían llevado al trono, y sus victorias parecían rodearle como otros tanto guardias y lictores. Elena le miraba con muda alegría y Constancia con aire de triunfo.

—¿Veis, decía ésta a sus amigas, veis aquel joven que va al lado del Emperador? es mi hermano Crispo: los hijos de Fausta son demasiado jóvenes para presentarse en tan augusta ceremonia.

(Se continuará).

LIBROS PARA OCTUBRE

El Rosario y su mística filosofía, 4'75 ptas. en tela. — El mes de Octubre consagrado a Ntra. Sra. del Rosario, 4'50 ptas. en piel. — Mes del Rosario, 4'75 ptas. en piel. — Mucho Rosario. Libro n.º 24 de *Conversaciones de hoy sobre materias de siempre*, 4 ptas. ciento. — El Santísimo Rosario, 40 cént. ejemplar. — El Rosario en la Misa, 38 cént. Manual del Santísimo Rosario, 2'25 ptas. tela. — El Serafin encarnado, 1 pla. en rústica, y 1'50 en percalina. — Novena a San Francisco de Asís, 48 cént. — Vida de San Francisco de Asís, 48 cént. — Guía práctica de los Hermanos de la V. T. O. de nuestro Padre San Francisco, 75 cént. ejemplar. — La mujer grande. Vida mediada de Santa Teresa de Jesús, 9 ptas. rústica, y 12'75 pasta. — Triduo a Santa Teresa, 5 cént. — Espíritu de Santa Teresa, 5 cént. — Dirigirse a D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA DEL HOGAR

Preciosa colección de novelitas que debe figurar en toda casa cristiana, alejando de ella tantas inmorales é insulas como pululan. Lectura amena é interesante. Van publicadas con general aceptación las siguientes:

No más mostrador, por F. de P. Capella.

Espera, por Aurora Lista.

Sin Dios, por Raquel.

La Gitana, por F. de P. Capella.

Cadena de Oro, por Aurora Lista.

La Perla Preciosa, por Matilde Bourdón.

La firma del Banquero, por Aurora Lista.

Anisia, por Matilde Bourdón.

Una madre como hay muchas, por F. de P. Capella.

EN PRENSA

DE MI COSECHA. Cuentos varios. Por Norberto Torcal.

Todas van adornadas con artísticas ilustraciones debidas á los artistas Sres. Paciano Ross y Joaquín Torres.

Véndese á los precios siguientes: *No más mostrador*, 75 cénts. en rústica, y 1'25 en tela con plancha dorada.—*Espera*, á 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Sin Dios*, á 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*La Gitana*, á 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Cadena de oro*, á 1'25 ptas. en rústica, y 1'75 en tela.—*La Perla preciosa*, á 75 cénts. en rústica, y 1'75 ptas. en tela.—*La Firma del Banquero*, á 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.—*Anisia*, á 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.—*Una madre como hay muchas*, á 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Para los pedidos: **LIBRERIA Y TIPOGRAFIA CATOLICA**, Pino, 5, Barcelona

NUEVAS ESTAMPAS

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Precioso fotograbado reproducción del célebre cuadro del distinguido pintor español, residente en Roma, Sr. Estruch. El Santo sostiene con su mano izquierda un libro, en cuyas abiertas páginas se lee la hermosa frase: *Timor Domini est initium sapientie*; y apoya la derecha en la espalda de hermoso niño. Impreso en papel mate superior, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho; véndese al ínfimo precio de 0'50 céntimos ejemplar.

SAN JUAN DE DIOS

Precioso fotograbado reproducción, al igual que el anterior, de piadoso y artístico cuadro del Sr. Estruch. Representa al Santo llevando en brazos á Jesucristo en forma de pobre mendigo; dibujadas ambas figuras con magistral perfección y rodeadas por hermoso efecto de luz, están llenas de piadoso sentimiento. Impreso en excelente papel mate, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho, y véndese á 0'50 céntimos ejemplar.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.